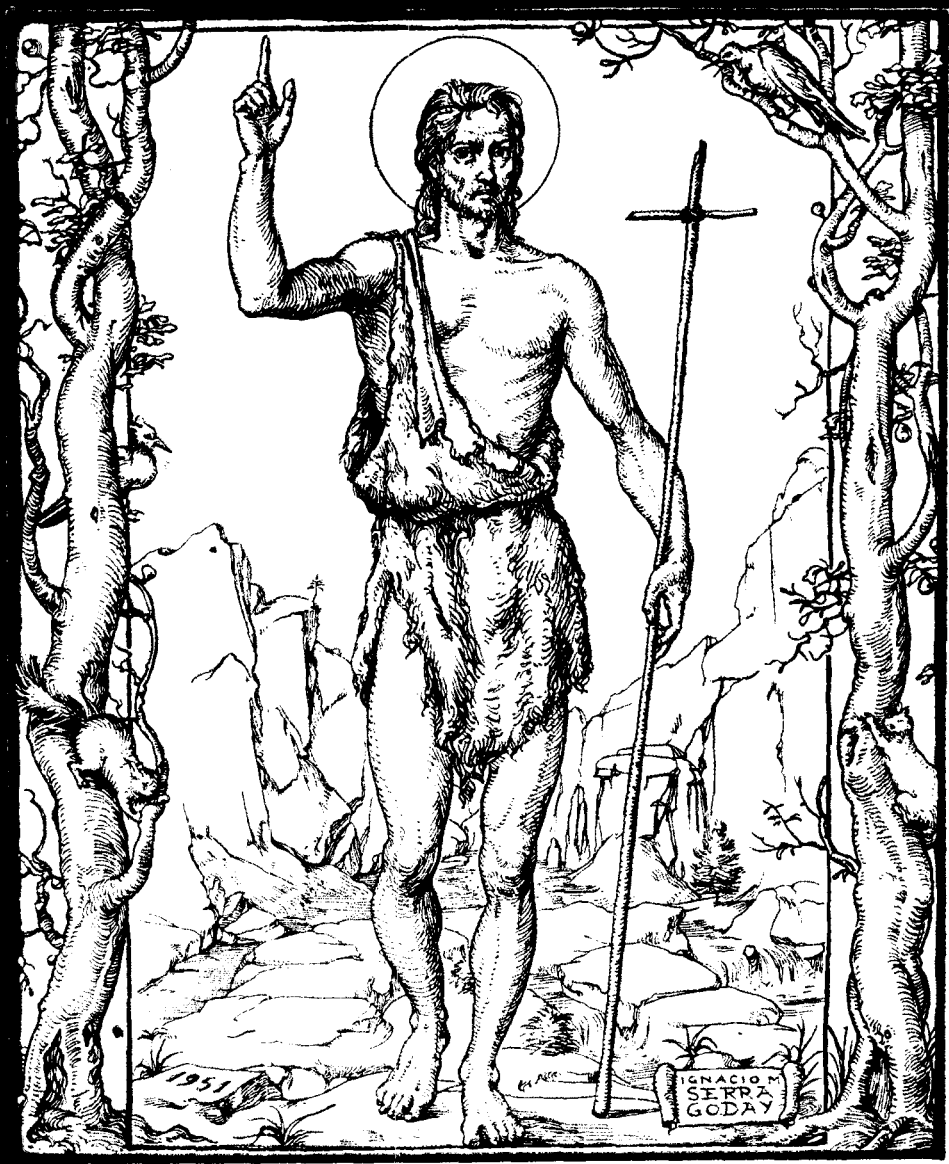
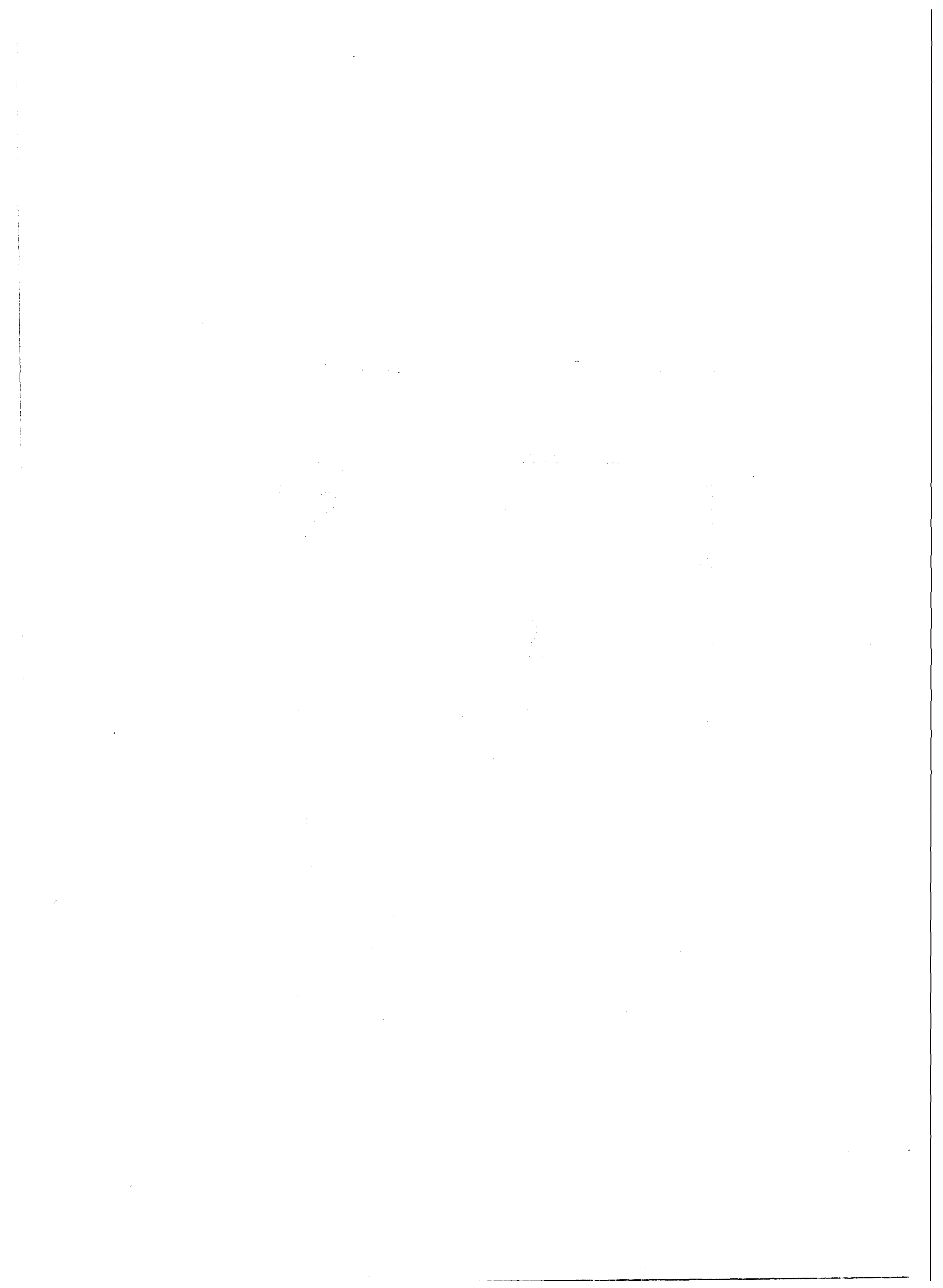


CRISTIANIDAD





El primitivo y venerable precepto

Carácter es de la santa Iglesia de Jesucristo el ser Madre solícita de los fieles y acudir a sus conflictos, prevenir sus necesidades. Atenta, por otra parte, a su más alto bien, no cesa de ponérselo ante los ojos, a fin de que lo amen y hacia él tiendan con todas sus fuerzas ayudados por los medios que les depara la gracia.

«El ayuno — dice Santo Tomás — es útil para borrar la culpa, para reprimir la concupiscencia y para elevar el alma a las cosas espirituales. Cada uno viene obligado por razón natural a usar del ayuno en tanto cuanto le sea necesario para lo antedicho. Y, por consiguiente, el ayuno en cuanto a lo genérico cae bajo precepto de la ley natural; más la determinación del tiempo y modo de ayunar según la conveniencia y utilidad del pueblo cristiano cae bajo precepto de derecho positivo, que es instituido por los prelados de la Iglesia: y este es el ayuno eclesiástico; mas el otro es el de la ley natural.»⁽¹⁾

Examinando a la luz de esta doctrina las palabras que sobre el ayuno y la penitencia cristiana pronunció Su Santidad en el discurso de 2 de noviembre último, dirigido a los Cardenales y Obispos presentes a la proclamación del dogma de la Asunción, creemos poder decir lo siguiente:

A ejemplo del divino Maestro tiene Pío XII muy en su corazón el anhelo de que los fieles se santifiquen. «Este es el mensaje que viene del Corazón de Cristo — ha dicho — ¡Que la Iglesia sea santa!»

Ve, en cambio, la abundancia de males de orden moral y social que dominan nuestra hora, y entre ellos: el inmoderado afán de placeres y comodidades, el «lujo intolerable que pugna con la MISERIA y la INDIGENCIA DE MUCHOS.» Ve que todo ello nace de «una concepción y una práctica de la vida manchada de materialismo», y de la cual..., por desgracia, no puede negarse que ha llegado a afectar también a los católicos. Advierte que en este mismo materialismo está la raíz del menosprecio de lo espiritual, sobrenatural y eterno, y la raíz del valorar frente a ello la codicia de bienes terrenos, la técnica y la fuerza bruta.

Si el precepto del ayuno — juzgaríamos fácilmente, sólo con dejarnos guiar por la más sencilla argumentación — es en la Iglesia como la más generalizada de las armas para combatir estos males, si el mismo Jesucristo nos dió ejemplo de ayuno y no ha habido santo que dejase de practicarlo y loarlo como remedio efficacísimo ¿no parecería lo más oportuno restablecer dicho precepto, «primitivo y venerable», en su pleno vigor?

El Papa, sin embargo, no procede así. Atiende a las circunstancias que pesan sobre un número ingente de hijos suyos, y prefiere prolongar temporalmente la suavización introducida en el precepto. Hácelo, previniendo que es algo que tiene muy metido en lo íntimo de su alma.

Y, en el mismo momento en que convoca a sus hijos a que «Echando mano de las armas espirituales, emprendan una sagrada batalla bajo el estandarte de la Cruz», se limita a exhortarles, a impelirles a todos «a que en la abstinencia cristiana y en la abnegación de sí mismos, avancen VOLUNTARIAMENTE más allá de LO QUE PRESCRIBEN LAS LEYES MORALES, CADA UNO SEGUN SUS PROPIAS FUERZAS, SEGUN EL ESTÍMULO DE LA GRACIA DIVINA y según lo permita el oficio que desempeñe.»

¿No es esto la «norma vitalizada» como medio para alcanzar la «vida normalizada», que se conjuga perfectamente con el texto de Santo Tomás: «Cada uno viene obligado por razón natural a usar del ayuno en tanto que sea necesario para borrar la culpa, para reprimir la concupiscencia y para elevar el alma a las cosas espirituales?»

* * *

En esta hora solemne de la Santa Misión de Barcelona, hora en que confluyen con aquella las circunstancias providenciales de la extensión del Jubileo a todo el Mundo y la «Cruzada de Oración y Penitencia», permita Dios que se produzca el despertar de las conciencias que Su Santidad pide, «quiera María, asunta a los cielos, cuya alma y cuerpo desconocieron perfecta y absolutamente toda culpa, toda perturbación desordenada, todo impulso indómito, impetrarnos de su divino Hijo el cumplimiento de nuestra esperanza.»

J. L.



(1) Summa Theologica, CXLVII, 3.

**Contra semejante incontinencia
exhortamos y compelemos a todos**

PARA QUE MILITEN VOLUNTARIAMENTE BAJO LAS BANDERAS DE LA ABSTINENCIA CRISTIANA

(Del discurso del Papa a los Cardenales y Obispos al día siguiente de la Proclamación del Dogma de la Asunción.)

A PROVECHAMOS esta ocasión, que ahora se nos ofrece, queremos manifestaros claramente a vosotros, venerables hermanos, y a todos los que se agrupan bajo el nombre de los católicos, algo que ya de tiempo, con bastante frecuencia, venimos considerando. Sabéis, en efecto, que el precepto eclesiástico del ayuno y de la abstinencia se ha aflojado mucho en estos últimos años por la fuerza de las circunstancias que gravitan sobre un gran número de católicos, principalmente de aquellos que viven en las grandes ciudades y trabajan en fábricas y oficinas; para éstos, la observancia de la antigua ley resultaba dura y casi imposible. Por lo cual ha sido introducida por un tiempo la modificación hace un momento recordada.

Incitación a las obras de voluntaria penitencia

Mas los fieles de nuestro tiempo degenerarían de la virtud de sus mayores si en los momentos actuales, cuando con mayor encono se agitan a la una aquellos demonios que, como dice el Divino Maestro, sólo pueden ser vencidos por el ayuno y la penitencia y en gran manera es sumamente necesaria la propia inmolación espiritual para vencer y alejar tantos males de orden social y moral, no compensaran la relajación del primitivo y venerable precepto con las obras, acomodadas a nuestros días, de una voluntaria penitencia. Esto, ciertamente, ya ha ocurrido, puesto que, en lo que atañe a las obras de caridad realizadas después de la última guerra mundial y aun en el mismo tiempo de la misma, confesamos, con no pequeño consuelo de nuestro ánimo, que fué tan grande la liberalidad de los católicos, que no teme la comparación con cualquier ejemplo de largueza dado en tiempos pasados. Aprovechando también esta ocasión damos por nuestra parte las gracias a los venerables obispos del orbe católico, a aquellos, ante todo, que desempeñan su sagrado ministerio en países ricos, y a los fieles confiados a su cuidado, por habernos suministrado abundantes recursos, con los que pudiéramos aliviar eficazmente la miseria de tantos necesitados.

Está vivo en la Iglesia el espíritu de penitencia

Aparte la munificente largueza nombrada, hemos visto por la experiencia que también ahora está vivo en la Iglesia el espíritu de penitencia, el cual, en verdad, se muestra clarísimamente, ya cuando se hace frente con

ánimo tranquilo y esforzado a las adversidades y a las necesidades que Dios envía o permite, ya en la espontánea abstinencia de placeres o de gustos inmoderados.

Materialismo del lujo

Y no podemos aludir a los placeres y a los gustos sin lamentar y deplorar los derroches del lujo, en intolerable aumento, que están en ruda pugna con la miseria y el desamparo económico de muchos. El lujo y el ansia de placeres son consecuencia de una concepción y de una práctica de la vida manchada de materialismo y crean costumbres a tono con él. ¿Acaso podría suceder de otro modo? Porque cuando el hombre pierde la conciencia de su dignidad, cuando rechaza en su modo de obrar el equilibrio y la medida, cuando no valora lo que es espiritual y eterno ni mucho menos lo considera como fuente genuina de la felicidad, entonces salen a flote la avaricia y el apetito desenfrenado de los bienes terrenos y en lugar de reverenciar la divinidad y la majestad de Dios, se rinde culto a la técnica y a la fuerza bruta y ciega. No negamos y desmentimos aquí las antedichas alabanzas. Pero no puede negarse ni ignorarse esta corriente del lujo y de los placeres, que a modo de torrente impetuoso no se desborda sin alcanzar aun a los católicos e infiltrarse sensiblemente dentro de los límites de sus campos.

Donde interviene la Iglesia

La Madre Iglesia, ¡ con ánimo benigno e indulgente, no coarta la libertad si no es en aquellas cosas que no están de acuerdo con la simplicidad de la vida cristiana, con la observancia de las leyes morales y con el deber que nos obliga a remediar la indigencia del prójimo. ¿No es la alegría el distintivo y el ornato de los católicos? Pero no es lícito que la búsqueda de los placeres de la vida traspase los límites de lo justo y de lo honesto.

Las metas que se han de alcanzar con la abstinencia cristiana

Contra semejante incontinencia exhortamos y compelemos a todos para que cada cual en la medida de sus fuerzas y en el grado a que les estimule la gracia de Dios y les permita su peculiar ocupación, militen voluntariamente bajo las banderas de la abstinencia cristiana y del empeño de sacrificarse a sí mismos más allá de lo pres-

crito por las leyes morales. Muchas son las metas que por ese camino han de alcanzarse. Ante todo, cada cual expiará por medio de la penitencia sus pecados, limpiará su alma de manchas, se hará cada vez más santo y más fuerte. Además servirá de ejemplo y de estímulo a los hermanos que profesan la misma fe y a los extraños; lo que restare a la vanidad lo empleará en la caridad y acudirá misericordioso al remedio de las necesidades de la Iglesia y de los pobres. Los primitivos fieles de la Iglesia así se comportaban, y ayunando y absteniéndose aun de las cosas lícitas nutrieron las fuentes de una abundosa caridad. Seguir tales ejemplos es digno de alabanza y, asimismo, totalmente congruente con las características y la situación de nuestro tiempo, no sólo en esta o aquella nación que aventajan a las demás y acuden a las necesidades de la Iglesia, sino, sin ninguna excepción, en todos los lugares de la tierra.

Tenemos muy metido en el alma el que suceda eso a que exhortamos

Tenemos muy metido en el alma, venerables hermanos, el que suceda con pleno efecto eso a que exhortamos. Como para los primeros cristianos, también para nosotros resuena la exhortación del apóstol San Pablo: «Cumpro aquellas cosas que faltan a la pasión de Cristo, en mi carne, por el Cuerpo de El, que es la Iglesia» (Col., 1, 24). Es propio de todos nosotros esforzarnos, como dice el mismo apóstol, «con paciencia... en trabajos, en vigiliass, en ayunos... con caridad no fingida» (2 Cor., 6, 4-6) para la edificación del reino de Dios. ¿No está expresamente apropiado a los sacerdotes aquello: «Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, mientras exhorto a los otros, me convierta en réprobo»? (Cor., 9, 27).

Este es ciertamente otro de los propósitos, llevados por el cual elevamos a la Madre de Dios fervientes plegarias: quiera María, subida a los cielos, cuya alma y cuyo cuerpo estuvieron libres de cualquier culpa, de toda

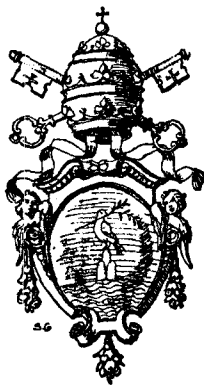
desordenada perturbación y de todo indómito impulso, alcanzarnos de su Divino Hijo el cumplimiento de nuestra esperanza.

* * *

Estas que hemos mencionado son las tres instantes súplicas que, invocando el patrocinio de la benignísima Virgen María, elevamos a Dios, y estamos seguros, venerables hermanos, de que tendremos en ellas vuestra ansiada compañía. No es necesario que añadamos a estos de que hemos hablado dos nuevos temas de gran importancia que tenemos en el corazón, a saber: uno, el de conservar íntegra e indemne la doctrina católica; otro, el de promover la santificación y la óptima formación del clero, ya que extensa y abundantemente tratamos de ellas en la encíclica *Humani Generis* y en la exhortación apostólica *Menti Nostrae*. Pero en esta numerosa y extraordinaria reunión deseamos y queremos confesar que nuestro ánimo se conmueve grata y piadosamente al ver que los obispos del orbe católico de tal manera desempeñan su excelso ministerio, que estando ellos siempre unidos fielmente al Sucesor de San Pedro, no faltan ni la asidua vigilancia de la recta conciencia, ni el deseo eficaz de proveer a las cosas de la religión, ni la inflamada voluntad de trabajar esforzadamente.

Levántense espumosas y sucédanse unas a otras sin descanso las olas de la enfurecida tempestad, que ya nacida dentro o fuera de ella ha de contristar a la Iglesia: su fracasado empuje se estrellará contra aquella inamovible voluntad de unión de que hablábamos, según lo encareció el Divino Redentor en su última oración sacerdotal, para no hablar también de la promesa de Cristo, en la que El mismo vaticinó que las puertas infernales no podrían prevalecer contra la Iglesia.

Con el ánimo, en fin, repleto de consuelo y de santa alegría, a vosotros todos, venerables hermanos, aquí presentes y a todos vuestros colegas de todas las partes del mundo, así como a los sacerdotes y a los fieles encomendados a vuestros cuidados, amantísima y gustosísimamente impartimos la apostólica bendición.



SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: El primitivo y venerable precepto (pág. 73) ★ Contra semejante incontinencia exhortamos y compelemos a todos para que militen voluntariamente bajo las banderas de la abstinencia cristiana (págs. 74 y 75) ★ Conciencia social y espíritu de reforma (III) Penitencia social y austeridad, por Francisco Hernanz (págs. 76 a 78) ★ Sobre el ayuno (pág. 78) ★ La Cruzada de Occidente: Comodidad, por C. (págs. 80 y 81) ★ ¿No es la alegría el distintivo y ornato de los católicos?, (págs. 82 y 83) ★ Hay que llegar así a la consecución de muchas metas (pág. 84) ★ La hora de la Virgen, por + Vicente, Obispo de Solsona (págs. 86 y 87) ★ Nínive penitente, por Pablo López Castellote (pág. 88) ★ El libro de Jonás (pág. 88) ★ A guisa de tertulia: O ayuno con la Iglesia o ayuno con el mundo, por Fraxinus Excelstor (págs. 90 y 91) ★ En la Santa Misión de Barcelona: ¡Convírtete al Señor, tu Dios! por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 92 y 93) ★ De la Quincena religiosa, por Himmanu-hel (págs. 93 y 94) ★ De la Quincena política, por Shehar-Yasub (págs. 95 y 96).

ADVERTENCIAS. — CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que pueden serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de grabados originales de CRISTIANDAD sin indicar su procedencia.

CONCIENCIA SOCIAL Y ESPIRITU DE REFORMA

III

PENITENCIA SOCIAL Y AUSTRERIDAD

«Cuando más necesaria que nunca es la inmolación espiritual de sí propio para superar y remover tantos males de orden moral y social».

Sólo el que sienta la propia indigencia —y no la puede sentir el espíritu burgués— se pondrá en condiciones de aceptar el carácter *penoso* que adquiere la reconquista de la dignidad humana; porque esta reconquista, si bien se refiere a algo perdido, nunca puede prometer, advirtámoslo claramente, una ganancia de cierta existencia fácil y confortable. No implica un «situarse» en la vida, sino «enraizarse» en ella, con todas sus consecuencias. La simple situación será siempre algo accidental, lo más accidental que le puede suceder a la substancia.

De aquí que esa *penosa reconquista* estribe en una verdadera *penitencia*, fase previa e imprescindible de toda regeneración, de todo volver a nacer, exigencia a su vez ineludible de esta nueva existencia, ahora auténtica, gracias a un fecundo cultivo del espíritu. Llamemos a esta segunda fase *austeridad* y tendremos los términos de aquello en lo que el Papa actual está poniendo todo su empeño.

No se trata de abstracciones, sino de la más concreta papeleta que cotidianamente tiene la persona que resolver, y las consignas son tan duras que aplazamos indefinidamente su cumplimiento, esperando siempre mejores disposiciones de ánimo, mayor valentía para arrostrarlo todo, e incluso, absurdo inconcebible, mayor desahogo, más tranquilidad y mejor situación en la vida de todos los días.

Decimos en qué consiste la austeridad, en un fecundo cultivo del espíritu, y hablamos de un «enraizarse» en la vida contraponiéndolo a un «situarse» cómodamente en ella.

Notémoslo bien, este cultivo del espíritu —la cultura en su sentido verdadero— no lo podemos aplazar a riesgo de frustrar nuestra existencia humana. Y —no nos engañemos tampoco— la más fecunda proliferación de tal cultivo se desarrolla en la austeridad y por ella. Desde siempre he aquí lo que ha significado este *no* —en modo alguno blasfemo— a la vida: un negarse a la hipertrofia de la vida materializada por el placer sensible.

Aquí radica la tremenda indigencia de nuestro tiempo y también su miseria. Quien piense que los «predicadores de la moral» han caído en desuso y que el Papa, cuando habla en los términos en que lo hace, repite fórmulas ya consagradas, oiga estas frases nada sospechosas de parcialidad:

«La intención conativa de placer es ya en sí misma un signo de interior infortunio (desesperación) o —según los casos— de una infelicidad o miseria íntimas, de una tristeza o descontento interiores, o de un sentimiento vital —respectivamente— que manifiesta la dirección de la «decadencia de la vida». De este modo, el que en su centro *yoico* se halla desesperado, «busca» la *felicidad* en las relaciones humanas, renovadas de continuo, y el agotado vitalmente ansia la frecuentación de sentimientos aislados de placer sensible... Incluso para una época entera, el signo más seguro de su decadencia vital es siempre el creciente hedonismo práctico» (1).

(1) Max Scheler, «Ética», t. II, p. 130 y sg. Trad. Rev. de Occ.

La persona ha de reinstalarse en el espíritu. Este recomimiento sobre sí misma le dará la paz, fruto únicamente de la justicia. Esto es lo que quiere decir Pío XII cuando habla de una senda por la que «se opera el gran retorno de una humanidad rebelde a las leyes de Dios y de la Iglesia». Camino de humildad y, en consecuencia, repetimos, imperativo de justicia. Porque los medios de que se nos habla son la penitencia y la austeridad, que no significan más que eso: reintegrarse e integrarse a la ley del espíritu.

¿Una paradoja? El dolor de la vida

Hay aquí un problema, o, si se quiere, un poco de complejidad y también de perplejidad en el tema. Seguramente de esto deriva la cómoda aprensión que se ha tenido a la doctrina cristiana. Nos referíamos a ello cuando hablábamos más arriba de un aplazamiento en la resolución del problema vital por excelencia.

La penitencia es dolor por todos los costados. «*Sicut quæ concepit, cum appropinquaverit ad partum, dolens clamat in doloribus suis, sic facti sumus (Isaias), scilicet per pœnitentiam*» (2).

Quien no sufre, nunca será penitente, por más que quiera hacérselo creer a sí mismo. ¡Cuántos han considerado que esto quita todo atractivo a la moral cristiana! Y, sin embargo, la penitencia es una virtud, además de una pasión y un sacramento.

Si, el hombre siente una especial repugnancia por el dolor; y la penitencia parece no prometerle otra cosa que sufrimiento; más aún, un padecer a lo largo de toda la vida (3).

En efecto, ella acerca al gran dolor; por eso sumerge a la persona en sí misma, sometiéndola a la tortura del pecado. Por eso únicamente es apto para la penitencia quien tiene conciencia de haberlo cometido y a quien le es transparente su condición pecadora. Por eso, finalmente, reintegra al hombre a la vida espiritual, a la más alta sabiduría, a un saber lo que se es, nada en un principio y criatura rebelde después, lo cual vendrá a ser como el fundamento de un fenómeno asombroso, pero cotidiano, que es la injusticia.

Pero no todo acaba con la satisfacción por el pecado: la penitencia como virtud es algo habitual, perdurable, que convertirá el curso de la vida personal y social en una perpetua *reparación*.

He aquí la perplejidad de nuestro tiempo, y probablemente la de todo tiempo: el hombre busca la felicidad; es éste un apetito natural; anhela la paz, que también es una tendencia innata; y, sin embargo, ¿habrá de pasarse la vida penando, sufriendo voluntariamente? ¿Es posible soportar tan triste existencia? ¿Cómo puede haber en este valle de lágrimas el amor, si el amor, en cuanto tal, siempre es dichoso? ¿Y puede existir la penitencia sin amor?

(2) Santo Tomás, S. Th., III, q. 85, art. 5, sed contra.

(3) Santo Tomás, *Ibid.*, q. 84, art. 8.

He aquí la paradoja, pero en ella se esconde lo último de la sabiduría terrenal. Aplacemos un momento la sugestiva solución de este enigma.

Austeridad y justicia social

Decimos que la penitencia reintegra al hombre sobre sí mismo; es, como dice Santo Tomás, la segunda tabla después del naufragio. A su vez, la austeridad le *integra* en su propio espíritu. Si la penitencia implica un dolor de la falta, la austeridad representa algo positivo, una perfección de vida por la que la persona se atiene exclusivamente a los valores espirituales.

«Ante todo —dice el Papa—, cada cual expiará por medio de la penitencia sus propios pecados... Después servirá de ejemplo y acicate a los hermanos que profesan la misma fe y a los que militan fuera de nuestras filas; lo que substraiga a la vanidad lo empleará en la caridad, saliendo misericordiosamente al encuentro de las necesidades de la Iglesia y de los pobres» (4).

Estas palabras no invitan precisamente a la comodidad, pero son ineludibles. La distinción entre lo *preciso*, lo *conveniente* y lo *superfluo* para la vida nos ha de llevar, si no en otro tiempo, hoy sí, a prescindir incluso de lo conveniente cuando las necesidades de la sociedad así lo exigen. «No podemos hablar de placeres y comodidades sin quejarnos y deplorar los gastos de un creciente lujo intolerable que lucha ásperamente con la miseria y la indigencia de muchos» (5).

Cuando en otra ocasión hablábamos de justicia social ya indicábamos que los términos del problema social en su planteamiento están rebasando los límites amplísimos de la estricta caridad, para exigir imperiosamente el cumplimiento de los más elementales preceptos de la justicia.

La austeridad viene reclamada, es necesario consignarlo decididamente, por el intolerable, como dice el Papa, afán de lujo en escandaloso contraste con el miserable estado de depauperación de ciertos estratos de la sociedad. Problema a resolver más urgente que éste no sabemos encontrarlo en nuestra mente ni en nuestra sensibilidad. Y a ello han de ir encaminadas las intenciones de todos los particulares como tales y del grupo social.

Júzguese, pues, cuánta es la trascendencia de esta recomendación pontificia: penitencia y austeridad, y cómo ambas cosas tienen hoy un sentido eminentemente social.

El espíritu de reforma en la persona —esta regeneración de la que hablamos— apunta a constituir una auténtica conciencia social. Sólo cuando la persona sienta en lo más profundo de su alma la propia indigencia vinculada, solidaria, penetrada en su raíz, por la indigencia de sus semejantes, podrá empezar a hablarse de una tal conciencia, porque sólo entonces habrá iluminado el sendero, hoy aparentemente tenebroso, que conduce al Bien y a la salvación de la sociedad humana.

tando: penitencia, austeridad y justicia. La conciencia social empezará a despuntar desde el mismo instante en que, faltando lo preciso a unos, se priven los otros —los que deban en justicia hacerlo— incluso de aquello que no deja de ser lícito (7). Y si no lo hacen los particulares, mucho peor para ellos: ha de hacerlo en su lugar el Estado, llegado el caso, sin ninguna contemplación, porque en ello se halla comprometido gravemente el bien común, y, con ello, la misma salvación de los individuos.

Así quedaría valorada la cultura de la persona y germinaría espontáneamente una verdadera cultura social (8).

La alegría de vivir

«*Semper doleat poenitens, et de dolore gaudeat*» (9). Creemos que a este respecto podemos transcribir las palabras de un conocido escritor moderno en una de sus novelas: «No se entra en el Paraíso mañana, ni pasado mañana, ni dentro de diez años; se entra *hoy*, cuando se es pobre y crucificado. —*Hodie mecum eris in paradiso*»... «Muy de vez en cuando viene ella —se refiere a la protagonista de su novela— a poner en el alma del profundo artista un poco de su paz, de su grandeza misteriosa; después vuelve a su inmensa soledad, en medio de las calles llenas del pueblo.» «*No hay más que una tristeza*, le ha dicho la última vez, *es la de no ser Santos*» (10).

La penitencia no es triste, porque se opone diametralmente al egoísmo, que es lo que acarrea tras de sí el eterno pesar.

Sosegadamente advierte el Papa: «No temáis por la alegría serena de vuestra vida, como si la invitación a la penitencia quisiera cubriros con un velo de obscura tristeza; pues, antes bien, la negación de sí mismo es condición indispensable de la interna alegría que Dios concede a sus siervos *aquí en la tierra*» (11).

La penitencia no es triste, no puede serlo, porque es amor, porque es esperanza, porque es fe. Sino que es «alegría serena» y paz dichosa. La perplejidad ante el hecho de la penitencia sólo puede explicarse, pero entonces se explica muy bien, por la carencia de espíritu sobrenatural. También aquí vuelve a aparecer el dolor, pues no en vano la persona tiene que romper dolorosamente muchas amarras antes de liberarse. Hasta qué punto es así lo demuestra el sacrificio heroico que las terribles circunstancias por las que atraviesa hoy el mundo exigen del hombre católico. *Nada menos que otras Catacumbas*. ¿Será de extrañar que esta promesa sea ininteligible para el naturalismo ambiental de nuestro tiempo, cuando es un motivo de angustia incluso para el Santo?

La paradoja no es tal; lo que sucede es que se está jugando en todo el problema un equívoco. El espíritu mundano toma por alegría algo que no lo es. En realidad, el hombre moderno es un insatisfecho que disimula su desesperación con un dramático afán de diversiones. Porque

las simples alegrías y penas tal como la vida las trae consigo... Por este motivo el hombre «dichoso» puede sufrir alegremente la miseria y el infortunio, sin que le haya de acaecer un embotamiento para el dolor y el placer del estado periférico. Ningún *ethos* acogió en sí con más honrada lo que va dicho que el *ethos* cristiano... Marcó un camino por el que se podía sufrir el dolor y el infortunio sin dejar por ello de ser *dichoso*... El momento esencial de lo que llamó la «salud del alma» no fué la mera eliminación del dolor merced a la extirpación del apetecer y de la *realidad* del universo constituida en aquel dolor, sino la *beatitud positiva* que radica en el centro del ser de la persona. El librarse del dolor y del mal no constituye para la ética cristiana la beatitud, sino únicamente la consecuencia de la beatitud; y esa liberación no consiste en una ausencia del dolor y la pena, sino en el arte

de sufrir de la «manera justa», es decir, de un modo dichoso, aquel dolor y aquella pena (el «tomar su cruz dichosamente sobre sí»)» (12).

La mundanidad es nuestro riesgo. Lo que se acostumbra a llamar «la vida» se hace ciertamente cada día más difícil, y las circunstancias angustiosas de toda índole que agobian ahora a la persona constituyen un portillo abierto para el adormecimiento del espíritu. Es perentorio, pues, cuando menos, no repetir sólo nominalmente estas palabras de Pío XII:

«Arrancar a estos hijos de la Iglesia de su estado de cómodo pero peligroso letargo es el deber urgente que ahora se impone al apostolado católico» (13).

Francisco Hernanz

(12) Obra citada.

(13) Pío XII, Mensaje de Navidad, 1960.

S O B R E E L A Y U N O

«Los fieles de nuestro tiempo degenerarían de la virtud de sus mayores, si no compensaran la relajación del primitivo y venerable precepto con las obras, acomodadas a nuestros días, de una voluntaria penitencia».

ELOGIO DEL AYUNO

... El ayuno es ganancia de las casas, madre de la salud, pedagogo de la juventud, ornato de la vejez, buen compañero de los caminantes, camarada seguro de la familia... Sea el ayuno para tus criados reposo de los continuos trabajos, que a lo largo de todo el año te prestan. Dale un respiro y pausa a tu cocinero, permite descansar a quien cuida de tu mesa; detén la mano del pozalero; haya en algún tiempo alivio para el que prepara las varias esquisiteces y golosinas. Líbrese finalmente la casa misma de los ruidos infinitos, del humo, del olor a cocina, de aquellos que corretean arriba y abajo y sirven al vientre como a su imperiosa dueña. También desde ahora los perceptores de tributos conceden un poco de libertad para sus deudores. Otórguele de igual forma el vientre alguna a la boca...

EL AYUNO ACEPTO A DIOS

Díceles, pues, otra vez acerca de estas cosas: *¿Para qué me ayunáis, de modo que hoy sólo se oyen los gritos de vuestra voz? No es este el ayuno que yo me escogí—dice el Señor—, no al hombre que humilla su alma. Ni aun cuando dobléis como un aro vuestro cuello y vistáis de saco y os acostéis sobre ceniza, ni aun así lo llaméis ayuno aceptable.*

A nosotros, empero, nos dice: *He aquí el ayuno que me elegí—dice el Señor—: No al hombre que humilla su alma, sino: Desata toda atadura de iniquidad, rompe las cuerdas de los contratos violentos, despacha a los oprimidos en libertad y rasga toda escritura inicua. Rompe tu pan con los hambrientos y, si vieres a un desnudo, vístelo; recoge en tu casa a los sin techo; si vieres a un humilde, no le desprecies, ni te apartes de los de tu propia sangre. Entonces tu luz romperá matinal, y tus vestidos resplandecerán rápidamente, y la justicia camina-*

rá delante de ti, y la gloria de Dios te cubrirá. Entonces gritarás y Dios te escuchará; cuando aun estés hablando, dirá: Heme aquí presente, a condición que quites de ti la atadura y la mano levantada y la palabra de murmuración y des de corazón tu pan al hambriento y hayas lástimas del alma humillada.

En conclusión, hermanos, mirando anticipadamente el Señor longánime, que el pueblo que preparó en su Amado había de creer con sencillez, anticipadamente nos lo manifestó todo, a fin de que no vayamos como prosélitos a estrellarnos en la ley de aquéllos.

Carta de Bernabé, XIII, p. 774. Padres Apostólicos BAC.

EL QUE AYUNA Y EL INTEMPERANTE

La color del que ayuna es venerable, no teñida con descarada rubicundez, sino realizada con una discreta blancura; los ojos plácidos, el andar compuesto, el rostro con el reflejo del pensar y no desfigurado con la risa intempestiva, el habla agradable, el corazón puro.

San Basilio: *Homilía I sobre el Ayuno. P. G., Vol. III.*

Compara el rostro que hoy ves al anochecer y mañana se te volverá a mostrar. Hoy está hinchado, inyectado en sangre, traspirando con tenue sudor, con los ojos empañados y húmedos, procaces y privados por la niebla interna de la necesaria facultad de percibir bien; mañana ese mismo rostro lo hallarás compuesto, grave, recobrado su color natural, comportándose con pleno dominio de sí mismo, con los sentidos cabales, por cuanto que ninguna causa interior esparce tinieblas sobre sus naturales acciones. El ayuno hace a los hombres semejantes a los ángeles, compañero de los santos, equilibrio de la vida.

San Basilio: *Homilía II sobre el Ayuno. P. G., Vol. III.*

EXHORTAMOS E IMPELIMOS A TODOS A QUE EN LA ABSTINENCIA CRISTIANA Y EN LA ABNEGACION DE SI MISMOS, AVANCEN VOLUNTARIAMENTE MAS ALLA DE LO QUE PRESCRIBEN LAS LEYES MORALES, SEGUN EL ESTIMULO DE LA GRACIA DIVINA Y SEGUN LO PERMITA EL TRABAJO QUE DESEMPEÑEN

A TODOS BENEFICIA EL AYUNO

¿Eres rico? No injurias al ayuno, excluyéndolo con desdén de tu compañía en la mesa, ni le arrojes de tu casa sin honor, vencido y dominado por el ansia de placer; no te ocurra que un día, te acuse ante el legislador de los ayunos y pase que seas condenado a mucha mayor inedia como castigo, o por una mala vejez de tu cuerpo o por cualquiera otro triste azar. Por el contrario, el que es pobre no tome a broma el ayuno; puesto que ya le tiene como familiar y compañero de la mesa. Cuan natural les es a las mujeres respirar, así les es conveniente

el ayuno. Sean los niños regados con el agua del ayuno, cual tiernas plantas. La familiaridad contraída ya de antiguo con el ayuno hace ligero para los viejos el trabajo, supuesto que los esfuerzos, que se han experimentado con una larga práctica, suponen menos molestia para los ejercitados. El ayuno es agradable compañero de camino. Así como el lujo les obliga a sobrellevar una carga, sin duda relleniéndose con las cosas que engullieron, de la misma manera el ayuno les aligera y desembaraza.

BIENES SOCIALES DEL AYUNO

El ayuno es un guardián de la niñez, hace sobrio al joven, y al anciano venerable; la vejez es muy venerable cuando se adorna con el ayuno. El ayuno es ornato convenientísimo de la mujer; sirve de freno para la edad y robustez sobreabundantes; el ayuno es custodia del matrimonio, aliento de la virginidad. Y estas ventajas ciertamente aporta exclusivamente el ayuno a las mansiones

que frecuenta. Mas ¿de qué modo rige también nuestra vida pública? Dispone inmediatamente al pueblo para la paz, apaga los gritos, elimina los litigios, impone silencio a los tumultos. ¿Qué magistrado logró apaciguar tan súbitamente con su presencia la algarabía de los niños como el ayuno, en cuanto aparece hace cesar el tumulto de los ciudadanos?

(San Basilio: *Homilía II sobre el Ayuno.*)

COMODIDAD

«Pero no podemos hablar de placeres y comodidades sin deplorar los gastos de un creciente lujo inmoderado que lucha ásperamente con la indigencia y la miseria de muchos. El lujo y el ansia de placeres son consecuencia de una concepción y de una práctica de la vida manchada de materialismo y crean costumbres a tono con él. ¿Acaso podría suceder de otro modo?»

Ser o estar: esta es la cuestión.

En esta forma entendimos modificada la fórmula shakeriana al enjuiciar el positivismo inglés como cuna del desvío protestante.

El materialismo ha sido el árbol frondoso que nació de aquella inglesa simiente, y sus raíces hondas son las que minan y trastornan los estratos fundamentales de nuestras Cristianas sociedades de Occidente.

Los frutos de este árbol materialista se llaman «comodidad».

Al conjuro de esta palabra maravillosa, y a los destellos de estas luces insinuantes, se han rendido importantes fortalezas Cristianas por vías amables de apaciguamiento y transigencia. Gentes de buena extracción y formación rígida se han allanado a disminuir la rígida altivez de su estructura para, inclinándose primero suavemente y luego todo lo preciso, entrar dentro de su automóvil americano.

La razón de «estar», de bien estar, de bien vivir, prima, para mucha gente, sobre la austera necesidad de «ser».

«Estar» y transigir lleva a las gentes a la comodidad, y esta comodidad está llena de brillantes y apetitosas estructuras. Automóviles, neveras, radios y por último la televisión son focos deslumbradores que llegan a los más remotos confines y atraen y retienen todas las miradas. La vida muelle se apodera también, y mediante nuevos y cada vez más importantes argumentos, de todos los sentidos. La radio, el cine y la televisión son raíces materialistas que van minando el terreno a la oración y al pensamiento. Las gentes y los pueblos viven, así, deslumbrados por los infinitos destellos de la comodidad.

El fin de esta comodidad, que ha sido y es la sola perspectiva y finalidad materialista y que equiparamos a los frutos del árbol, es, en estos momentos que vivimos, el primer signo mediante el que puede apreciarse claramente que este árbol frondoso de la idea pagana y materialista se está muriendo.

Lentamente van desprendiéndose del árbol materialista los frutos de la comodidad.

Estos tiempos de guerra y socialismos están llenos de signos precursores. Los que vivimos atentos al fondo y forma de estos años cruciales, hemos comprendido el sentido de estas señales inconfundibles.

Europa vivió su momento cumbre materialista en años de final del novecientos, cuando la Inglaterra Victoriana extendió sus dominios e influencia a todos los pueblos del mundo conocido. América, adolescente, luminosa de ingenuidad y vacilante de timidez, asistía al triunfo de su hermana mayor, imitando sus gestos y tratando de entender su idiosincrasia. Los frutos de la comodidad se producían en todas las ramas del árbol materialista, y se ponían al alcance de todas las manos.

Antes de la guerra del 14, la humanidad llegó a la cumbre del positivismo, y estos años exaltados por el vértigo de la comodidad vieron asimismo y simultáneamente estallar la irresistible floración del ateísmo. Los hombres y los

pueblos, aturdidos por su exaltada aspiración de bienestar, se olvidaban de «ser».

La guerra del 14 fué una parada en seco. La crisis económica del 29 fué una seria llamada al orden. La guerra del 39 fué el principio del fin de la comodidad.

Desde entonces hasta ahora, los signos han venido sucediéndose ininterrumpidamente.

La explosión político-económica de Europa ha destruido definitivamente este concepto de vida cómoda en el que vivieron los privilegiados y a cuya conquista se lanzaron, en desordenada algarabía, las masas populares, aupadas por ley de gravitación democrática hacia la artificiosa concepción de los paraísos socialistas.

Noticias que llegaban de todos lados, pero principalmente de Inglaterra, nos daban cuenta de cómo, al impulso de leyes inexorables, iban lentamente y una por una derribándose las posiciones de infinidad de señoríos. Castillos y mansiones ancestrales pasaban al dominio público abandonados o vendidos. Las gentes que otrora fueron modelo de bien vestir se funden en la masa gris de la muchedumbre, incapaces de distinguirse y faltas de la voluntad de mantener su distinción. Así han ido claudicando estos últimos bastiones que mantenían el estímulo y servían, en cierto modo, de trama a la sociedad anterior.

Todos los pueblos de Europa, comprimidos en la insuficiencia de su geografía por el creciente aumento de su población y sujetos por esta razón al reiterado castigo de guerra y revoluciones, han vivido esta media centuria en perpetua inquietud y en una condición de vida netamente insuficiente.

Por contra, del otro lado de los mares, la inmensa dimensión de territorios vacíos, pletóricos de riquezas materiales y vírgenes en su mayoría de toda explotación, ofrecía a sus pobladores inmensas perspectivas de trabajo. Lejos del accidente europeo, los americanos han podido, aislados por sus mares, vivir la remuneradora floración de una prosperidad sin precedentes. Toda clase de artículos se producían vertiginosamente y eran usados y sustituidos aun antes de estropearse o consumirse. La alimentación, el vestido, el ajuar hogareño, situaban al americano, libre de guerras y preocupaciones, en un plano de euforia y prosperidad prácticamente fuera del alcance o de la concepción del europeo.

Pues bien, esto ha terminado. El mundo, en su nueva dimensión intercomunicada, destruye aislamientos y en cierto modo disminuye la condición de privilegio de estos pueblos hermanos.

El árbol del materialismo, que floreció orgulloso, va perdiendo sus frutos. Las gentes que vivieron la mentira de la comodidad van a tener que ajustarse al duro aprendizaje de la escasez.

Este cambio es muy grave sobre todo durante el período de adaptación.

El materialismo ha deformado a gran parte de estas sociedades, que, pendientes de la sola apetencia de «estar», han olvidado su razón de ser.

Nos llegan de todas partes gestos agrios y malhumorados, de gentes que no entienden todavía la razón fundamental, pero no se avienen a renunciar a la facilidad de la vida americana, y claman inconscientes por un aislamiento que ya no es posible.

Esta es, vista por encima, la característica más destacada del momento que vivimos. América ve, con desengaño cada vez mayor, cómo se acaban para ella los años luminosos de su juventud alegre y despreocupada. América va llegando a su mayoría de edad y presiente una trayectoria de obligaciones y sacrificios. Pueblo mayor y fuertemente musculado, pero todavía insuficientemente dispuesto. Están demasiado cerca los días alegres de euforia e inconsciencia.

Pero además hay otra causa: otra causa de fondo. A ella vamos a referirnos y con ella entramos en la razón de este escrito.

América del Norte, hija de Inglaterra, es o fué asimismo hija de su materialismo. Nació precisamente en los momentos del desvío fundamental del pueblo inglés y lleva en su sangre la tara de esta heterodoxia. El materialismo, hondamente infiltrado, adquiere formas distintas de positivismo que, todas ellas, y dentro del clima de comodidad, llevan a las gentes, y a los políticos que consiguen la representación de estas gentes, a concepciones inadecuadas. Así hemos visto florecer políticas inconcebibles para las experiencias continentales de los viejos pueblos de Europa, producto de estos políticos americanos y de este su positivismo materialista.

Estamos asistiendo a los últimos momentos del materialismo, tal y como venimos anunciando desde hace tanto tiempo. La falsa armazón democrática de una revolución ateomaterialista se derrumba por falta de base o fundamento espiritual. Las sociedades que se atrevieron a desviarse de Dios y a pretender modificar Sus leyes inmutables se encuentran ahora vacías de principios y sin el apoyo indispensable de estas leyes. El mundo materialista, que tan alegremente se agitaba al conjuro maravilloso de la comodidad, se siente mal preparado, y en cierto modo defraudado, para aceptar la perspectiva de una etapa de restricción y de renunciamiento.

La vida muelle engendra, con la comodidad, la presencia de tejidos adiposos, que restan fuerza y alteran la estructura a los hombres y a los pueblos. América, desviada del esfuerzo inicial de la primera época de formación y establecimiento por la facilidad de su riqueza y por el falso concepto del credo positivista, se había abandonado a esta comodidad que denunciábamos, perdiendo así, y con ella, su silueta aventurera y musculada.

Pese a las apariencias y a la exhibición impresionante de progreso material que América nos sirvió durante la

pasada guerra, los vicios contraídos en la prosperidad se han puesto incesantemente de manifiesto, y vienen claramente expresados por estas inimaginables transigencias de sus políticos de estos últimos tiempos. Las fuerzas morales son en los hombres y en los pueblos algo más importante y decisivo que la misma floración de su progreso o el simple desdoblamiento de su fuerza material. Las fuerzas morales se ponen de manifiesto cuando la dificultad coloca en trance definitivo al hombre, poniendo a prueba su resistencia. Los pueblos de Europa saben de esto, y su experiencia nace de la dramática extensión de su historia y de la difícil condición de su existencia. América no ha llegado todavía a la triste necesidad de poner a prueba su temple, y por contra, estos tiempos pasados desde su fundación como pueblo hasta nuestros días, han deformado en parte su silueta moral.

Decimos en parte por cuanto nosotros creemos en el pueblo americano.

La floración católica americana es fuente original de energía espiritual que gana cada día, y cada vez más, terreno al campo materialista de la comodidad. La escuela cristiana de sacrificio se abre paso entre la desviación pagana del beneficio.

La última guerra ya trajo una primera y clara cosecha nacida de esta simiente generosa. Oímos de labios autorizados que el alto mando americano de los ejércitos del Pacífico, al comentar el rendimiento de los soldados de los EE. UU. se refería a los Católicos como a gentes de elección, destacándolos como los más sacrificados y responsables.

El momento que viene es, para el Mundo y para América, que es parte vital y necesaria del mundo, momento de sacrificio. El materialismo y la falsa euforia del bienestar material se derrumba por sus pies de barro. Es éste un momento final, y asistimos al estallido de un sistema montado artificiosamente por el hombre, en su eterno desvío de suplantar a Dios.

América no fué arte, pero es parte de este tremendo error, y su estructura y armazón desmesuradas se bambolean al impulso de estas fuerzas elementales, que sólo pueden ser trabadas y contenidas por un aglutinante espiritual.

Contrariamente a lo que son estos signos exteriores de exageración y opulencia, esta raíz Católica, firmemente trabada en los profundos estratos del suelo americano, trabaja silenciosa para dar solidez y dimensión histórica al pueblo de América.

No importa que estos tiempos nos traigan el fin de la comodidad. Estos frutos variables de la estación caerán, y serán renovados, si el árbol es bueno y la raíz profunda.

7 de enero de 1951.

C.

«Porque

CUANDO EL HOMBRE PIERDE LA CONCIENCIA DE SU DIGNIDAD,
 CUANDO RECHAZA EN SU MODO DE OBRAR SU EQUILIBRIO, Y LA MODERACION,
 CUANDO NO VALORA LO QUE ES ESPIRITUAL, SOBRENATURAL Y ETERNO, NI
 MUCHO MENOS LO CONSIDERA COMO FUENTE GENUINA DE LA FELICIDAD
 ENTONCES SE DEJA LLEVAR POR LA AVARICIA Y EL APETITO DESENFRENADO DE
 LOS BIENES TERRENOS
 Y EN LUGAR DE REVERENCIAR LA DIGNIDAD Y LA MAJESTAD DE DIOS, SE RINDE
 CULTO A LA TECNICA Y A LA FUERZA BRUTA Y CIEGA».

LO QUE SUSTRAJERE A LA VANIDAD LO EMPLEARA EN LA CARIDAD Y ACUDIRA MISERICORDIOSO AL REMEDIO DE LAS NECESIDADES DE LA IGLESIA Y DE LOS POBRES. ASI SE COMPORTABAN LOS PRIMITIVOS FIELES DE LA IGLESIA Y ABSTENIENDOSE, AUN DE COSAS LICITAS, NUTRIERON LAS FUENTES DE UNA ABUNDOSA CARIDAD

¿NO ES LA ALEGRIA EL DISTINTIVO Y ORNATO DE LOS CATOLICOS?



UES, conmovámonos, en nuestras almas, tal como se nos ha enseñado, y no recibamos los días presentes con tristeza, sino con el ánimo alegre, como conviene a los santos. Ningún cobarde se coronó, ningún deprimido alcanzó el trofeo. No os entristezcáis cuando se os aplica la medicina. Sería absurdo no alegrarse por la salud del alma, lamentarse por la variación de los alimentos y parecer que se atribuya mayor valor al placer del vientre que al cuidado del alma. Pues el goce de la saciedad reside en el vientre; pero el ayuno redundará en bien del alma. Alégrate en tu corazón, porque un médico te ha proporcionado una medicina eficaz para librarte del pecado. (...)

tristezcáis cuando se os aplica la medicina. Sería absurdo no alegrarse por la salud del alma, lamentarse por la variación de los alimentos y parecer que se atribuya mayor valor al placer del vientre que al cuidado del alma. Pues el goce de la saciedad reside en el vientre; pero el ayuno redundará en bien del alma. Alégrate en tu corazón, porque un médico te ha proporcionado una medicina eficaz para librarte del pecado. (...)

Unge tu cabeza y lava tu rostro

La Escritura te llama a los Misterios. El que ha sido ungido, ungió: El que fué lavado, te lavó. Aplica el precepto a los miembros internos. Lava tu alma de pecado. Unge tu cabeza con unguento santo, para tener parte con Cristo y así aproxímate al ayuno. Que vuestra faz no se oscurezca a la manera de los hipócritas. El rostro se oscurece, cuando el sentir interno se recubre con alguna afectación exterior, oculto como por un engañoso velo. Llámase *hipócrita* a quien en el teatro se pone en el papel de otra persona, apareciendo a menudo señor cuando no es más que esclavo; o rey, cuando sólo es un

particular. Del mismo modo, en el vivir, como sobre la escena, llevan la mayor parte una vida de teatro, sintiendo distintamente en su corazón de lo que muestran a los demás en su aspecto. Por esto, no escondas tu faz. Muéstrate cual eres; no adoptes el aspecto triste y tétrico, buscando la alabanza y gloria de ser tenido por continente y temperante. Pues, ni te será útil la buena obra que proclamares a son de trompeta, ni sacarás fruto del ayuno que se hace para pública ostentación. Porque lo que se hace para la pública ostentación, no extiende sus frutos al siglo venidero, sino que se acaba en la alabanza y vanagloria de los hombres. Por ello acude alegre al don del ayuno. Antiguo es el don del ayuno, que ni envejece, ni caduca, sino que continuamente se renueva, sino que se rejuvenece con perpetuo vigor.

(San Basilio: *Homilía I sobre el ayuno*. P. G., Vol. 3.)

¡ARRANCA DE TI LA TRISTEZA!

Arranca de ti—me dijo—la tristeza, porque ésta es hermana de la duda y de la impaciencia.

—¿Cómo, señor—le dije—es la tristeza hermana suya? Porque a mí me parece que una cosa es la impaciencia y otra la duda y otra la tristeza.

—Eres un insensato, hombre. ¿No comprendes que la tristeza es el peor de todos los espíritus y el más te-

rible para los siervos de Dios? No hay espíritu que como ella corrompa al hombre y así expulse al Espíritu Santo..., si bien ella también le recupera.

—Escucha—me dijo—. Los que jamás han escudriñado la verdad ni inquirido sobre la divinidad, sino que se contentaron con aceptar sin más la fe, envueltos como andan en sus negociaciones, riqueza y amistades paganas y en otros muchos tratos de este siglo; cuantos viven, digo, pegados a estas cosas, no entienden las semejanzas que se ponen sobre la divinidad, pues todo ese tráfico de sus negocios los tiene entenebrecidos, los corrompe y convierte en un erial. Así como las viñas, antes hermosas, si se descuida su cultivo, son ahogadas por los cardos y hierbas en profusión, así los hombres que después de recibir la fe se lanzan a toda esa vanidad de acciones susodichas, se extravían en su inteligencia y nada absolutamente entienden sobre la divinidad. Y, en efecto, cuando oyen hablar de ella, su mente divaga por sus negocios y nada absolutamente entienden. Mas los que tienen el temor de Dios y escudriñan acerca de la divinidad y de la verdad y dirigen su corazón a Dios, entienden y comprenden prontamente cuanto se les dice, pues tienen en sí mismos el temor de Dios. Y es que donde habita el Señor, allí hay también mucha inteligencia. Adhiérete, pues, al Señor, y todo lo entenderás y comprenderás.

Escucha, pues, insensato—me dijo—cómo la tristeza expulsa al Espíritu Santo y de nuevo le recobra. Cuando el hombre vacilante se abalanza a una empresa y fracasa en ella a causa de su misma duda, la tristeza entra en aquel hombre y contriste al Espíritu Santo y lo expulsa. A su vez, cuando la impaciencia por algún asunto se pega al hombre y éste se amarga con exceso, nuevamente la tristeza se mete en el corazón del hom-

bre que se irritó, y el hombre se contrista por la acción que hizo y se arrepiente de haber obrado mal. Ahora bien, esta tristeza parece lleva consigo salvación, porque el hombre, después que obró mal, hizo penitencia. Ambas acciones, pues, contristan al Espíritu: la duda, porque no salió con la obra que pretendía, y la impaciencia, por haber obrado mal. Una y otra, por tanto, la duda y la impaciencia, son penosas para el Espíritu Santo.

Arranca, pues, de ti la tristeza y no atribules al Espíritu Santo que mora en ti, no sea que supliques a Dios en contra tuya y se aparte de ti. Porque el espíritu de Dios, que fué infundido en esa carne tuya, no soporta la tristeza ni la angustia.

Revístete, pues, de la alegría que halla siempre gracia delante de Dios y le es acepta, y ten en ella tus delicias. Porque todo hombre alegre obra el bien y piensa en el bien y desprecia la tristeza. En cambio, el hombre triste se porta mal en todo momento. Y lo primero en que se porta mal es en que contrista al Espíritu Santo, que le fué dado alegre al hombre. En segundo lugar, comete una iniquidad, por no dirigir súplicas a Dios ni alabarle; y, en efecto, jamás la súplica del hombre triste tiene virtud para subir al altar de Dios.

—¿Por qué—le dije—no sube hasta el altar de Dios la súplica del hombre que sufre tristeza?

—Porque la tristeza—me contestó—está asentada en su corazón. Ahora bien, la tristeza, mezclada con la súplica, no deja subir a ésta, pura, hasta el altar de Dios. Porque así como el vino mezclado con vinagre no tiene el mismo sabor, así la tristeza, mezclada con el Espíritu Santo, no tiene la misma fuerza de súplica.

Purifícate, pues, de esta tristeza mala, y vivirás para Dios. E igualmente vivirán para Dios todos los que arrojen de sí la tristeza y se revistan de toda alegría.

Mandamiento décimo. "El Pastor", de Hermas. Padres Apostólicos, p. 992. BAC.



«HAY QUE LLEGAR ASI A LA CONSECUCION DE MUCHAS METAS»

«Ante todo cada uno expiará por medio de la penitencia sus propios pecados, borrará de su alma las manchas de los vicios; y se hará cada vez más santo y más fuerte»

«DESPUES, SERVIRA DE EJEMPLO Y ACICATE A LOS HERMANOS QUE PROFESAN LA MISMA FE»

Celo por la salvación de nuestros hermanos

Arrepintámonos, pues, de todo corazón, a fin de que ninguno de nosotros perezca. Porque si tenemos mandamiento de hacer también esto: apartar a los paganos de los ídolos e instruirlos en la fe, ¡cuánto más hemos de trabajar porque no se pierda una alma que ya conoce a Dios! Ayudémonos, por tanto, los unos a los otros en el empeño de reducir al bien a los débiles, a fin de que todos nos salvemos y unos a otros tratemos de convertinos y corregimos. Y no parezca que sólo de momento creemos y atendemos, es decir, cuando somos amonestados por los ancianos, sino procuremos también, cuando nos retiramos a casa, recordar los preceptos del Señor y no dejarnos arrastrar por los deseos mundanos. Procuremos más bien reunirnos frecuentemente, a fin de que todos, *teniendo un solo sentir*, nos juntemos para la vida. Porque dijo el Señor: *Vengo a reunir todas las naciones, tribus y lenguas*. Y en esto se refiere al día de su manifestación, cuando vendrá a rescatarnos, a cada uno según sus obras. Y los incrédulos *verán su gloria y su poder*, y se maravillarán viendo el palacio del mundo en Jesús, diciendo: «¡Ay de nosotros, que eras tú y no conocíamos, y no quisimos creer ni obedecer a los ancianos que nos predicaban acerca de nuestra salvación!» *Y su gusano no morirá, y el fuego de ellos no se extinguirá y serán espectáculo para toda carne*. El día aquel del juicio, dice el profeta, cuando los hombres verán a los que entre nosotros fueron impíos y burlaron los mandamientos de Jesucristo. Mas los justos que obraron el bien y sufrieron los tormentos y aborrecieron los placeres del alma, cuando vean cómo son castigados con fuego inextinguible los que se extraviaron y negaron a Jesús por sus obras o por sus palabras, darán gloria a su Dios diciendo: «Habrán esperanza para el que ha servido a Dios de todo corazón.»

«Y A LOS QUE MILITAN FUERA DE NUESTRAS FILAS»

La edificación de los de «fuera» deber del cristiano

En conclusión, hermanos, arrepintámonos ya por fin y vigilemos para el bien, pues estamos llenos de mucha insensatez y maldad. Borremos de nosotros los pecados anteriores y, arrepentidos de alma, salvémonos. Y no tratemos sólo de agradar a los hombres ni queramos agradarnos sólo los unos a los otros, sino tratemos también de edificar por nuestra justicia a los hombres de fuera, a fin de que por nuestra culpa no sea blasfemado el Nombre. Dice en efecto, el Señor: *En todo tiempo se blasfema mi nombre en todas las naciones*. Y otra vez:

¡Ay de aquél por cuya culpa se blasfema mi nombre! ¿Por qué se blasfema? Porque vosotros no hacéis lo que yo quiero. En efecto, cuando los gentiles oyen de nuestra boca las sentencias de Dios, las admiran como bellas y grandes; luego, cuando se enteran de que nuestras obras no corresponden a las palabras que decimos, se revuelven en blasfemias, diciendo que es todo fábula y desvarío. Cuando, efectivamente, nos oyen decir que dice Dios: *No tiene mérito que améis a los que os aman; el mérito está en que améis a vuestros enemigos y a los que os aborrecen*; cuando esto oyen, se maravillan de la excelencia de su bondad; mas cuando ven que no sólo no amamos a los que nos aborrecen, pero ni siquiera a los que nos aman, se mofan de nosotros y se blasfema el Nombre.

La gloria de convertir un alma

No creo que os he dado menguado consejo sobre la continencia; quien lo siga, no se arrepentirá, sino que se salvará a sí mismo y a mí que se lo he dado. No es, en efecto, pequeña paga convertir para su salvación a un alma extraviada y perdida. Porque ésta es la paga que tenemos para dar a Dios que nos ha creado, a saber, que lo mismo el que habla que el que escucha, hable o escuche con fe y caridad. Permanezcamos, pues, justos y santos, en lo que creímos, a fin de que con confianza podamos suplicar al Dios que dice: *Cuando aun estés tu hablando, diré: Heme aquí presente*. Signo es, efectivamente, esta palabra, de gran promesa, pues dice el Señor que está El más aparejado para dar que quien pide para recibir. Como participemos, pues, de tanta bondad, no nos impidamos unos a otros alcanzar tan grandes bienes. Porque cuán grande es el placer que llevan aparejado estas palabras para quienes las practican, tan grande es la condenación para quienes las desoyeren.

La proximidad del Juicio, motivo de conversión

En conclusión, hermanos, pues hemos hallado no pequeña ocasión para hacer penitencia, ya que tenemos tiempo, convirtámonos al Dios que nos ha llamado, mientras todavía tenemos a quien nos recibe. Porque si renunciamos a estos placeres y vencemos nuestra alma no consinténdole cumplir sus codicias perversas, tendremos parte en la misericordia de Jesús. Pues conoced que llega ya *el día del juicio, como un horno encendido, y algunos de los cielos se derretirán*, y toda la tierra será como plomo derretido al fuego. Y entonces aparecerán las obras de los hombres, las ocultas y las manifiestas. Ahora bien, buena es la limosna como penitencia de pecado. Mejor es el ayuno que la oración y la limosna mejor que ambos; pero la *caridad cubre la muchedumbre de los pecados*, y la oración que procede de buena conciencia, libra de la muerte. Bienaventurado el que fuere hallado lleno de estas virtudes, pues la limosna se convierte en alivio del pecado.



PARATE VIAM DOMINI

Haced penitencia, porque está cerca el reino de los cielos.
Este es aquel de quien se dijo por Isaías: Es la voz del
que clama en el desierto: preparad el camino del Señor:
haced derechas sus sendas.

San Mat. III, 2-3.

LA HORA DE LA VIRGEN

La Virgen Peregrina en la Diócesis de Solsona

VI

Las palomas de la Virgen

EN casi toda la Diócesis, a la Virgen de Fátima se la denominaba familiarmente «La Verge blanca dels coloms», «La Virgen blanca de las palomas». Realmente, el detalle de las palomas que acompañaron continuamente a la Santísima Virgen en su peregrinación por nuestra Diócesis es uno de los que más llamaron la atención del pueblo.

No habíamos hecho intención, al comenzar estos artículos, de hablar de este detalle. Pero juzgamos que nuestra impresión sobre la peregrinación quedaría incompleta si no dijésemos algo de él.

Y hemos de confesar, ante todo, para humillación nuestra, que cuando iniciamos la peregrinación no deseábamos que se repitiese en nuestra Diócesis el fenómeno de las palomas, que se había dado ya en todas partes. Temíamos que la gente se fijase demasiado en las palomas y olvidase a la Virgen. Temíamos que ello se prestase a fomentar la superstición. Y casi le pedíamos a la Virgen que no se realizase el fenómeno de las palomas.

Nuestra oración no fué escuchada, y ahora damos gracias a la Santísima Virgen por ello. Porque este detalle, que despertaba la curiosidad en todos, fué el cebo de que se servía la Virgen para atraer a muchos. Algunos iban a ver a la Virgen atraídos por esa novedad que ellos querían ver y palpar, porque no podían creerlo, y empezaban a emocionarse y hasta a llorar ante aquel fenómeno, y terminaban llorando sus pecados a los pies del confesor. No cabe duda de que las palomas han sido un medio providencial del que se ha valido la Santísima Virgen para atraer a muchos.

Las primeras palomas le fueron ofrecidas a la Virgen en el momento de entrar en la Diócesis, en Sidamunt. Desde entonces siempre ha llevado palomas la Santísima Virgen.

Que este hecho llamaba poderosamente la atención de todos, particularmente de los hombres, es cosa que saltaba a la vista. Que se hicieron muchas pruebas y experiencias, para convencerse de que en ello no había trampa, lo han visto todos. Que este detalle hizo reflexionar a muchos hombres, porqué, como nos dijo un payés a los pocos días de iniciada la peregrinación, «això fa rodar el cap», y que este detalle hizo más popular y más ardorosa la peregrinación, es cosa evidente.

Muchas explicaciones se han querido dar a este hecho, y no negamos que pueda tener una explicación natural que nosotros no conocemos; pero que hemos visto en este aspecto cosas extrañas que nosotros no acertamos a explicarnos satisfactoriamente, no tenemos por qué negarlo.

Detalles extraños

Para que nuestros lectores puedan formar juicio sobre este fenómeno queremos relatar algunos detalles, referentes a las palomas, que nosotros hemos visto con nuestros propios ojos y que pudieron ver perfectamente todos los que nos acompañaban y que abonan aquella expresión del payés: «Això fa rodar el cap.»

En Sidamunt, en el momento de la entrada de la Vir-

gen, tres niños que iban vestidos de pastorcillos, representando a los tres videntes de Fátima, ofrecieron tres palomas a la Santísima Virgen, mientras la estaban sujetando en las andas. Dos de ellas se quedaron en seguida a los pies de la Virgen. La tercera voló, posándose en un árbol de junto a la carretera.

Cuando se puso en marcha la procesión, y en el momento en que la Imagen de la Virgen iba a entrar en el pueblo, vino a posarse también sobre las andas, a los pies de la Virgen, aquella paloma que había escapado.

De momento no le dimos ninguna importancia al hecho, aunque después, al repetirse casos semejantes, nos hizo reflexionar.

En Cervera, y también a la entrada de la Virgen, soltaron una paloma que, con gran desilusión de miles de personas que presenciaban el caso, fué a posarse sobre la pared del campo de fútbol que está junto a la carretera.

Cuando se inició la procesión, saltó la paloma, voló durante unos minutos sobre la multitud, que la seguía con interés, hasta que, después de varias evoluciones, vino a posarse también a los pies de la Virgen.

En la misma Cervera, cuando salía la procesión de la iglesia, nos dimos cuenta de que se quedaba una paloma sobre el tornavoz del púlpito y dirigiéndonos al señor Arcepreste que nos acompañaba le dijimos: «La Virgen le deja un regalo.»

Apenas habíamos terminado de hablar cuando un hombre, valiéndose de un paraguas —había llovido aquel día—, se empeñó en conseguir que la paloma volviese a las andas, pero ella emprendió el vuelo y se puso en la baranda del coro que está sobre la puerta de entrada.

Cuando la procesión pasaba por delante de una de las puertas laterales, vimos que se posaba una paloma a los pies de la Virgen... Era aquella que se había quedado en la iglesia y que había salido ahora por la puerta lateral, que estaba abierta.

En El Talladell saltaron dos palomas de las andas al entrar la Imagen en el pueblo. Algunos jóvenes quisieron ir a cogerlas, pero les dijimos que las dejaran estar, y aun añadimos en plan de broma: «Aquí no se fuerza a nadie. Si quieren volver, ellas volverán.» Se organizó la procesión hasta el templo parroquial, que estaba abarrotado, y cuando, después de nuestras palabras de saludo, empezó a cantarse el «Ave de Fátima» para proceder al besamanos, ante la admiración de todos, entró una de aquellas palomas en la iglesia, se posó un momento en un altar lateral para ir en seguida a los pies de la Virgen.

Cuando hubo de trasladarse la Imagen desde Granyanella a San Guim de la Plana, nos aconsejaron los que nos acompañaban que quitásemos las palomas de las andas de la Virgen, porque hacía un viento muy fuerte y la Virgen había de ir colocada sobre un coche de turismo. «El viento las arrastrará, nos decían, y nos vamos a quedar sin palomas. Esto ya es tentar a la Virgen.» No accedimos a ello, y contra el parecer de todos se colocaron las andas con todas las palomas sobre aquel turismo. Como la distancia era larga y la carretera muy buena, tuvimos que correr. Al llegar cerca de San Guim, donde nos esperaban los ciclistas que habían de acompañarnos hasta el pueblo, en formación, el mismo chofer que llevaba el coche bajó en seguida para ver si estaban las palomas, convencido de que no podía quedar

ninguna. Allí estaban, agarradas fuertemente a la Virgen, las trece palomas que habían salido de Granyanella.

Detalles de esta clase se repitieron con profusión en todas partes. Tenía razón aquel payés cuando afirmaba: «Aixó fa rodar el cap.»

Una apuesta singular

Estaba para llegar la Sagrada Imagen a una de nuestras parroquias y se comentaba en el café el fenómeno de las palomas. Unos cuantos hombres que habían asistido a la peregrinación en otras parroquias manifestaban su extrañeza y su admiración por lo que ellos habían visto. Afirmaban que se trataba de un caso extraordinario que no se podía explicar naturalmente.

Uno de los oyentes, que les estaba escuchando con muestras visibles de incredulidad, les atajó en su explicación para decirles: «Parece mentira que también vosotros creáis en estas cosas absurdas. Esas palomas que van con la Virgen están amaestradas. Ya veréis cómo el día que llegue aquí la peregrinación yo suelto una paloma que no irá a los pies de la Virgen.»

Se trataba de un hombre de mala fama y costumbres, que vivía totalmente alejado de la Iglesia y que había prohibido a su hija que fuese con las niñas de la escuela a recibir a la Virgen de Fátima.

Se corrió prontamente la noticia por todo el pueblo y se esperaba el día de la visita de la Virgen con notable ansiedad por parte de todos. Aquel reto había producido cierta inquietud en los espíritus.

La llegada de la Virgen fué apoteótica, como en todas partes. Soltaron al entrar la Sagrada Imagen varias palomas y todas se posaron a sus pies. Pero la gente no estaba tranquila, esperando que aquel hombre cumpliera su palabra.

La procesión del día siguiente había de pasar por delante de la casa de aquel incrédulo. Estaba situada precisamente en la plaza en donde se detuvo la procesión porque se había de visitar en ella a unos cuantos enfermos. Había una expectación extraordinaria, y todos los ojos estaban fijos en el balcón de aquella casa.

Se abrieron, al cabo de unos momentos, las puertas del balcón, que hasta entonces habían permanecido cerradas, y salió el hombre en cuestión llevando una paloma en sus manos. Aunque sonreía, convencido al parecer de su triunfo, se notaba en su rostro una cierta inquietud. Y soltó, en dirección contraria a la Virgen, la paloma que llevaba en sus manos. La paloma revoloteó un momento y después, como una flecha, se dirigió hacia la Virgen, poniéndose humildemente a sus pies.

Aquel hombre quedó desconcertado. Perdió el color y bajó rápidamente, uniéndose a la procesión. Llorando y cantando, acompañó a la Virgen a varias parroquias, ante la admiración y el asombro de la gente.

Este caso, aunque no con tanta espectacularidad, se repitió en algunas partes. Fueron muchos los que hicieron la prueba de soltar palomas porque querían convencerse por sí mismos de que no había trampa en ello. Uno de ellos nos lo confesó ingenuamente: «Yo no acababa de creer en esto de las palomas, nos decía. Estaba convencido de que se trataría de palomas amaestradas o de palominos que apenas podrían volar. Escogí una paloma rebelde y la solté ante la Imagen de la Virgen. Vi que se quedaba a los pies de la Virgen, que se dejaba acariciar por todos y que permanecía allí a pesar de que muchos le arrancaban plumas. Y tuve que hacer este comentario: a esta paloma me la han cambiado.»

No seguían siempre las mismas palomas. Las tres primeras que le ofrecieron en Sidamunt la acompañaron varios días, una de ellas un mes entero. Pero en las iglesias iban quedándose siempre algunas; otras saltaban durante la procesión o durante el traslado de un pueblo a otro, que-

dando siempre unas cuantas a los pies de la Virgen. En alguna ocasión iban más de cuarenta, amontonadas —las andas eran pequeñas—, mientras otras veces no iban más que tres o cuatro. Pero nunca salió la Santísima Virgen sin palomas.

Otro detalle interesante

No se quedaban con la Virgen todas las palomas que le ofrecían. Lo normal era que no se quedasen más que algunas de las muchas que echaban. Hubo parroquia en la que se quedaron a los pies de la Virgen más de doce y en alguna parroquia todas. En la mayor parte no se quedaban más que dos o tres.

Pero hubo una sola excepción en toda la Diócesis. En una parroquia no se quedó ni una sola paloma a los pies de la Virgen. Fué éste un detalle que nos llamó la atención y que queremos subrayar por lo excepcional.

La peregrinación no se hizo toda seguida. Se dividió en varias etapas, recorriendo en cada una de ellas las parroquias de una comarca. Cuando empezaba una nueva etapa, la Virgen solía salir de Solsona sin palomas, ya que por haber estado la Imagen durante varios días en algunas iglesias o en la capilla de nuestro Palacio Episcopal, se quitaba la Imagen de las andas y se quitaban, por lo tanto, las palomas.

Tan sólo en una ocasión salió la Virgen con tres palomas, porque la interrupción había sido muy corta y habían quedado las tres junto a la Virgen.

Al llegar la Imagen a la primera parroquia, tres pastorcillos le ofrecieron palomas. Las tres, de momento, se quedaron a los pies de la Virgen, pero una tras otra se escaparon las tres. A los pocos pasos, unas niñas vestidas de ángeles que estaban junto a un arco le ofrecieron otras dos, y ninguna se posó en las andas. Cuando la Imagen llegó a la iglesia le llevaron varias palomas y todas se pusieron a revolotear por la iglesia. A los pies de la Virgen no permanecieron más que las tres que habían salido de Solsona.

Al salir la procesión última, antes de la despedida, los jóvenes que llevaban las andas quisieron coger algunas palomas para ponerlas a los pies de la Virgen; les molestaba que ninguna de las ofrecidas en aquel pueblo siguiese a la Virgen.

Aunque procuramos hacerles desistir de su intento, no pudimos conseguir, y, tras muchos esfuerzos, lograron coger a tres de ellas, poniéndolas en las andas. Pero apenas había salido la Sagrada Imagen de la iglesia, cuando, una tras otra, se escaparon las tres. No quedaron en las andas más que las tres que venían de Solsona.

Y lo más raro del caso es que después de la despedida salió la Imagen para otra parroquia muy cercana. A su llegada le ofrecieron unas cuantas palomas y todas fueron a posarse a los pies de la Virgen, permaneciendo allí a la hora de su salida.

No pretendemos emitir un juicio sobre estos hechos. Nos hemos limitado a narrar lo que vimos con nuestros propios ojos. Quizá todo ello pueda tener una explicación completamente natural. Lo que no es tan natural es que las palomas fuesen la causa de que muchos se acercasen a la Virgen y confesasen sus pecados.

* * *

De todo lo que llevamos escrito —no hemos hecho otra cosa más que espigar un poco en nuestros recuerdos— bien se ve que la peregrinación de la Virgen de Fátima fué una bendición especialísima para nuestra Diócesis. Y bien se desprende la exactitud de la afirmación que hemos puesto como título a estos artículos: es LA HORA DE LA VIRGEN. Dios quiera que sepamos aprovecharnos de esta hora providencial para que la misericordia del Señor resplandezca sobre esta humanidad que está muriendo de frío y de miseria.

† Vicente, Obispo de Solsona

NINIVE PENITENTE

Unas experiencias tal vez aprovechables

Leyendo el libro de Jonás a propósito de este número de CRISTIANDAD sobre la austeridad cristiana, vino me curiosidad—como estudiante de Historia que soy—de completar el cuadro histórico que en tal libro se contiene. Consulté a este fin varias traducciones, cuyas introducciones leí. Mas ¡cuál no sería mi desencanto al acabar la lectura de una de esas introducciones (muy extendida por cierto) con un grado de turbación en mi ánimo que amenazaba ir avanzando.

«Sobre la naturaleza del relato—dice—ya los antiguos disputaban y se daban sentencias diversas, sin que los modernos hayan venido a un acuerdo. Algunos consideran el libro como una parábola. Mas la opinión que podemos llamar tradicional en la Iglesia, defiende la historicidad de la narración.» Junto a esto ponía yo en mi mente aquellas palabras de Cristo: «Una generación perversa y adúltera reclama una señal, y otra señal no se le dará sino la señal de Jonás el profeta. Pues como Jonás estuvo en el vientre de la bestia marina tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra. Los ninivitas se alzarán en el juicio contra esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás; y mirad, hay algo más que Jonás aquí.» (Mt. XII, 31-41.)

Confieso que mi ánimo no resistió la comparación de este texto con las palabras arriba aducidas. El no citar en una introducción al Libro de Jonás las palabras de Cristo, me hacía sentir un vacío. Las mismas expresiones de la introducción me desconcertaron. ¿Cómo podían ya los antiguos disputar sobre la naturaleza de un

relato que Jesucristo afirma como histórico? ¿Quiénes serían esos «algunos» que lo tenían por una parábola? ¿Puede tenerse «opinión» y no «certeza» de un hecho afirmado por nuestro Salvador?

Se agolpaban todas estas dudas en mi mente produciéndome una vaga intranquilidad. Quise salir de este estado y acudí a personas serias que me aconsejaron leyera el «Comentario a Jonás» del célebre jesuita P. Knabenbauer.

A la lectura de las primeras líneas tuve ya sensación de desahogo: habla del Libro como de un relato plenamente histórico; y en lugar de «los antiguos disputaban» leo en este autorizado exégeta «doctores catholici unanimiter sentiunt». Prosiguiendo en su lectura llegué a un punto en que se disiparon por completo mis dudas y vacilaciones: «Probamos—dice este comentarista—la índole verdaderamente histórica del relato con las palabras de Cristo expresamente aducidas en Mateo 12, 40; 16, 4; Lucas 11, 29, que aniquilan absolutamente toda duda acerca de la historicidad del hecho; y es por consiguiente impío y blasfemo (nisi ignorantia insigni, qua de Incarnationis mysterio tenentur, excusantur critici quidam moderni [sic]) declarar que Cristo nuestro Señor estuvo sometido en lo histórico a los errores de su tiempo, y que no pudo su conocimiento humano superar ni elevarse sobre los límites de su tiempo y de su pueblo.» Con esto volvió la tranquilidad a mi espíritu.

No tengo autoridad ni formación suficiente para emitir un juicio. He expuesto simplemente unas experiencias tal vez aprovechables.

PABLO LÓPEZ CASTELLOTE

EL LIBRO DE JONÁS

La borrasca en alta mar

La palabra de Yahveh fué dirigida a Jonás, hijo de Amittay, diciendo: «Levántate, vete a Ninive, la gran ciudad, y predica contra ella, pues su maldad ha subido hasta mi presencia.»

Mas Jonás se dispuso a huir a Tarsis de la presencia de Yahveh y bajó a Jope, donde halló un navio que se dirigía a Tarsis, y, pagado el pasaje del barco, embarcó en él para marchar con ellos a Tarsis, huyendo de la presencia de Yahveh.

Yahveh, empero, desencadenó un viento recio sobre el mar y hubo en éste tan gran tempestad, que el navio se vió en peligro de quebrarse. Los marineros cobraron miedo, y clamaron cada uno a su dios y lanzaron al mar el bagaje de su carga. Jonás, en tanto, había descendido al fondo de la nave, habiase acostado y dormía profundamente. Y se acercó a él el capitán y le dijo: «¿Qué haces tú durmiendo? ¡Levántate, invoca a tu Dios! Quizá se cuide de nosotros y no perezamos.» Luego dijéronse unos a otros: «¡Ea, echemos suertes y sepamos por quién nos ha venido este mal!» Echaron, pues, a suerte, y la suerte cayó en Jonás.

Entonces le dijeron:

—Decláranos, por favor, ¿por quién nos ha acaecido esta desgracia? ¿Cuál es tu ocupación? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu país? ¿De qué pueblo eres?

Y contestóles:

—Soy hebreo, y adoro a Yahveh, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra firme.

Entonces aquellos hombres concibieron grande temor y le dijeron: «¿Qué has hecho ahí?» Pues ellos habían sabido que huía de la presencia de Yahveh, porque Jonás se lo había dicho.

Y le dijeron:

—¿Qué debemos hacer contigo para que la mar se nos aplaque?

Pues el mar iba agitándose cada vez más. Y respondióles:

—Cogedme y arrojadme al mar, y éste se aplacará de contra vosotros, pues yo sé que por mi causa os ha sobrevenido esta gran borrasca.

Los hombres remaron, tratando de volver a tierra, mas no pudieron, porque el mar iba encrespándose cada vez más contra ellos. Entonces clamaron a Yahveh y dijeron: «¡Oh, Yahveh, no nos hagas perecer por la vida de este hombre ni nos imputes sangre inocente, pues tú, Yahveh, has obrado como has querido!» Y cogieron a Jonás y lo arrojaron al mar, el cual se calmó en su furia. Y aquellos hombres cobraron gran temor a Yahveh y le ofrecieron sacrificios e hicieron votos.

Jonás tragado por la ballena

Yahveh destinó a un gran pez para que se tragase a Jonás, quien estuvo en el vientre del pez tres días y tres

noches. Y Jonás oró a Yahveh desde el vientre de aquél, y exclamó:

«Clamé en mi angustia / a Yahveh y me atendió;
del vientre del *seol* pedí socorro, / escuchaste mi voz.
Me arrojaste en el abismo, / en el corazón del mar,
y las olas me rodearon;
todo tu oleaje y tus ondas / sobre mí pasaron.
Y yo me dije: «He sido expulsado / de delante de tus ojos,
¿cómo podré volver a contemplar / tu santo templo?»
Habíanme rodeado las aguas hasta el alma,
el abismo me había cercado,
las algas habíanse enredado a mi cabeza
en las raíces de los montes. Descendí
al país cuyos cerrojos (se echaron) sobre mí para siempre,
mas tú sacaste de la fosa mi vida, Yahveh, Dios mío.
Cuando desfallecía en mi alma, / a Yahveh recordé,
y mi plegaria llegó a ti, / a tu santo templo.
Los que adoran los ídolos vanos, / su propia Misericordia
[abandonan;
mas yo, con clamor de gratitud, / quiero ofrecerte sacrifi-
[cios,
los votos que hice cumpliré. / A Yahveh la salvación co-
[rresponde.»

Y Yahveh dió orden al pez, el cual vomitó a Jonás en tierra.

Predicación de Jonás en Nínive y penitencia de los ninivitas

Y fué dirigida la palabra de Yahveh a Jonás por segunda vez, diciendo: «Levántate, vete a la gran ciudad de Nínive y pregona allí el mensaje que voy a indicarte.» Levantóse, pues, Jonás, y marchó a Nínive, según la orden de Yahveh. Ahora bien, era Nínive una ciudad inmensamente grande, de un recorrido de tres días. Y Jonás comenzó a penetrar en la ciudad un día de camino, y predicaba y decía: «Dentro de cuarenta días, Nínive será destruída.»

Las gentes de Nínive creyeron en Dios, proclamaron un ayuno y se vistieron de sacos, desde el mayor de entre ellos hasta el más pequeño. Y como llegase la noticia al rey de Nínive, se alzó de su trono, se quitó de encima el manto, cubrióse de saco y se sentó en la ceniza. E hizose pregonar y anunciar en Nínive, por orden del rey y de sus magnates, como sigue: «Hombres y bestias, ganado mayor

y menor, no probarán bocado, no pastarán ni beberán agua. Cúbranse de sacos los hombres y las bestias, y clamen a Dios con fuerza, y conviértase cada uno de su mal camino y de la injusticia que hay en sus manos. ¡Quién sabe si Dios se volverá y arrepentirá y se apartará del ardor de su cólera y no pereceremos!»

Cuando vió Dios las obras de ellos y cómo se convertían de su perverso proceder, compadeciósese Dios del mal que había indicado iba a hacerles y no lo llevó a cabo.

Despecho del profeta, que es reprendido por Dios

Mas (ello) causó a Jonás profundo disgusto y se enojó. Y oró a Yahveh, diciendo: «¡Oh, Yahveh! ¿No era esto lo que yo me decía cuando estaba aún en mi tierra? Por eso me anticipé a huir a Tarsis, porque sabía que tú eres un Dios compasivo y misericordioso, tardo a la ira, de gran benignidad, y que te compadeces del mal. Ahora, pues, ¡oh, Yahveh!, quitame la vida, por favor; pues mejor me es la muerte que la vida.»

Y respondió Yahveh: «¿Estás justamente encolerizado?» Ahora bien, Jonás había salido de la ciudad y se había establecido al oriente de la misma. Allí habíase hecho una cabaña, bajo la cual habíase sentado a la sombra, hasta ver qué acaecía en la ciudad. Y Yahveh, Dios, dispuso un ricino, que creció por encima de Jonás para producir sombra sobre su cabeza, a fin de librarle de su despecho. Jonás concibió por aquel ricino gran contento. Mas, al rayar del alba al día siguiente, dispuso Dios un gusano que picó el ricino y se secó. Sucedió, pues, que, salido el sol, Dios dispuso un viento del este sofocante, e hirió el sol sobre la cabeza de Jonás, de modo que se desvaneció sin sentido y pidió para sí la muerte, exclamando: «¡Mejor me es morir que vivir!»

Entonces dijo Dios a Jonás:

—¿Crees estar justamente airado por el ricino?

Y replicó:

—Estoy justamente airado hasta la muerte.

Y Yahveh le dijo:

—Te da compasión el ricino, por el cual no te has tomado fatiga alguna ni lo has hecho crecer, que en una noche surgió y en una noche pereció, ¿y no habré yo de tener compasión de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su diestra y su izquierda, y tanta cantidad de animales?

(Sagrada Biblia, Bover-Cantera, t. II, p. 1.662)



O AYUNO CON LA IGLESIA O AYUNO CON EL MUNDO

*«Pero no es lícito que la búsqueda de placeres
traspase los límites de lo justo y de lo honesto»*

«Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida.» Y no puede dudarse de que, en efecto, son estas cosas todo lo que hay en el mundo, porque esta cita está tomada de la Sagrada Escritura y la leemos en el versículo 16 del capítulo II de la primera Carta del apóstol San Juan.

Sucede, sin embargo, que el diablo, que, según el adagio, sabe más por ser viejo que por ser diablo, no está hoy en condiciones de hacernos servir a las tres concupiscencias ofreciéndonos mercados de esclavas, brillantes herejías o un trono oriental.

Se las ha de ingeniar el diablo para presentar unas concupiscencias de toxicidad bien dosificada o incluso inocuas, unas concupiscencias «ersatz», que sean admitidas en todos los hogares; pero que, al fin y al cabo, sean concupiscencias, que es lo que a él le importa.

Y así vemos que, hoy día, nuestra soberbia de la vida se reduce a veces a la bien modesta soberbia de ver que once ciudadanos vestidos de cierto color han hecho pasar la pelota por determinado lugar más veces válidas (en opinión de un señor vestido de cierta etiqueta) que otros once ciudadanos, en general equivalentes en edad, peso y merecimientos, pero vestidos de otro color. Y aun son más las ocasiones en que la soberbia no consiste en «ver», sino en «enterarse», porque uno de los deportes que más interés ha despertado en el pasado medio siglo (nos referimos a las grandes carreras ciclistas por etapas) es un deporte que nadie ve, y son enormes las organizaciones que se montan sólo para que luego los periódicos puedan publicar su resultado.

Y al mencionar la concupiscencia de los ojos vamos a esforzarnos en no fijar nuestra mente ni en los «ismos» ni en sus excentricidades; bastante la fijamos en el pequeño enigma por el enigma mismo (la obra formidable de don Julio Casares sería desconocida de muchos que, sin embargo, han descubierto cuán útil es para resolver el «Damero» bien llamado «maldito») y, sobre todo, la novela sin psicología, sin tesis, sin nada; la novela que no tiene más que un esqueleto de novela; es decir, el argumento, y que, sin embargo, no permite que cerremos sus amarillas cubiertas hasta que a las tres de la madrugada sepamos, por fin, culpable al mayordomo cuyos buenos antecedentes tanto nos habian hecho sospechar a las once de la noche. Quien crea «que de cualquier palabra ociosa que hablaben los hombres han de dar cuenta en el día del juicio» (Mt., XII, 36), no puede abrigar ciertamente razonables esperanzas sobre nuestra suerte futura.

Aligeremos, por lo tanto, todo exordio y vayamos ya a lo que ha de ser tema de este modesto ensayo, que es, ni más ni menos, otra forma moderna de la concupiscencia de la carne. Y no precisamente aludiremos a las industrias del mal que envenenan continentes trasegando en ellos toneladas de sombras, o mal dirigen las ilusiones de los adolescentes facilitando los ridículos «pin up».

No; nuestra concupiscencia de la carne es más decente, incluso la juzgamos presentable. Todos la tenemos; nadie se avergüenza de ella; por el contrario, acostumbramos a exhibirla con orgullo. La mimamos porque creemos que sa-

tisface una vieja aspiración de nuestra naturaleza. Bien cierto es que aspiramos naturalmente a la felicidad porque precisamente hemos sido creados para la felicidad. Pero el mundo moderno nos ha desengañado bastante: nadie piensa en serio procurarse la felicidad a través de una guerra de Troya, por ejemplo; demasiado nos imaginamos los quebraderos de cabeza que tendríamos aun en el caso de que nuestra guerra de Troya particular hubiese llegado a lo que, para entendernos, podemos llamar convencionalmente un buen fin. Y el qué dirán. Es más, la guerra misma había sido incómoda. Esta es la razón principal de que muchos huyan de los grandes pecados: son incómodos.

En cambio, ¡qué cerca, qué cerca! se cree estar de la felicidad cuando en una limpia cama sólo un pequeño movimiento de nuestra mano nos ofrece una luz sabiamente filtrada, música de un país remoto, una bebida helada o la voz de un amigo que está muy lejos. Y así, llenamos nuestro hogar, nuestro transporte, nuestro trabajo y hasta nuestros propios bolsillos de mil y mil grifos niquelados y pequeños artilugios eléctricos, de cuyo funcionamiento, más o menos automático, esperamos una satisfacción que ya sabemos que no nos daría el Pecado, pero muy distinta también a la satisfacción que tendríamos si, con espíritu cristiano, siguiésemos los consejos que nos da el apóstol San Juan, cuando nos escribe «a todos; No queráis amar al mundo ni a las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre: porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida: lo cual no nace del Padre, sino del mundo».

¿Y no es falaz esta satisfacción que da el confort? Si consultásemos la razón iluminada por la fe, ésta nos diría que sí es falaz; pero como por miedo no razonamos sobre este punto, es la experiencia la que se encarga de convertir el confort en un mojón más de la larga senda de las desilusiones humanas, desilusión ésta acaso tanto más amarga cuanto más modesta era la ilusión.

La vivienda que es más cómoda es también más escasa, y así hay en el mundo muchas decenas de millares de jóvenes parejas que no pueden unirse en matrimonio por falta de vivienda, y como en ningún país se construye bastante, los hechos son aproximadamente como sigue: en 1900, en los países que llamamos civilizados, acaso más de una tercera parte de la población habitaba viviendas de menos de veinticinco años de edad; en 1950 y en los mismos países, dos terceras partes de la población vive en casas de más de medio siglo y quién sabe si una tercera parte continúa viviendo en las casi ruinosas casas de más de setenta y cinco años, o, peor aún, cobijados bajo techos que no son ni de ruinosas casas y que podrían haber hecho sonrojar a nuestra civilización naturalista.

Y echemos un piadoso velo sobre las restricciones eléctricas, las incomodidades que nos proporcionan el teléfono y los medios de transporte; pero antes de concluir que el confort no nos procura la felicidad, digamos algo de nuestra comida.

No nos entregamos, es cierto, a los pantagruélicos ágapes que se celebraban en otro tiempo, según leemos en añe-

jas historias; acaso tales festines nos parecerían también incómodos. Pero, con el aperitivo, la merienda o té y la sobrecena, amén de la bebida entre horas, el cigarrillo constante o el homeopático caramelo, nos las arreglamos para no sentir en ningún momento el sano aguijón del hambre... si la moda primero, los médicos después y los racionamientos finalmente, nos hubiesen permitido alcanzar esta terrena ambición.

A estos resultados son a los que ha llegado una generación que se había esforzado en olvidar el precepto imprescriptible del ayuno. La preocupación de la «línea», los regímenes dietéticos y las disposiciones administrativas nos han impuesto más ayunos y más abstinencias que los que nos ha perdonado la Iglesia.

Ahora el Papa nos *«exhorta e impele a todos a que en la abstinencia cristiana y en la abnegación de nosotros mismos avancemos voluntariamente más allá de lo que prescriben las leyes morales, cada uno según sus propias fuerzas, según el estímulo de la divina gracia y según lo permitan los trabajos que desempeña.»*

Y antes de decidírnos a avanzar voluntariamente más allá de lo que prescriben las leyes morales, acaso no estará de más empezar examinando hasta qué punto hemos respetado estas leyes. ¿No es cierto, por ejemplo, que muchos de los que se acogieron a la benignísima suavización de los ayunos durante la última gran guerra hubiesen podido practicarlos sin incomodidad notoria? Hay que reconocer que es general también la tendencia a acogerse a la sentencia menos rigurosa, a veces sin la discreción necesaria o una autorización formal.

La verdad es que, en nuestra época, la mentida ilusión de la comodidad ha creado un ambiente nada propicio al ayuno, cuyos preceptos son con frecuencia desvirtuados y ridiculizados, y así se oyen ironías demasiado fáciles respecto a la abundancia de la única comida formal y la conveniencia de determinar exactamente con el reloj el principio y el fin del día de ayuno, o se mantienen vivas ciertas tradiciones (entierro de la sardina, pasteles de Viernes Santo típicos en la localidad) en notoria contradicción con los preceptos.

Difícil es, pues, humanamente hablando, que en nuestro tiempo y en nuestro mundo tenga éxito la exhortación del

Papa en pro de la abstinencia cristiana y de la abnegación de nosotros mismos, porque cabe todavía preguntarse hasta dónde alcanzan estas propias fuerzas, según las cuales han de avanzar todos. Muy poco permiten, quizás uno contestará pensando en sí. Y no es seguro que sean tan débiles nuestras propias fuerzas; las calamidades públicas se han encargado con bastante frecuencia de demostrarlo, y cuando de deporte, de estética o de celo profesional se trata, bien sabemos cuánto valemos; dice un filósofo moderno no católico, demasiado en boga por cierto, que no hay ascética más tiránica que la ascética del trabajo moderno.

Recientemente, en Septuagésima, la liturgia nos recordaba estas palabras del Apóstol de las gentes, que tratan el mismo tema con autoridad infinitamente mayor:

«Todos los que han de luchar en la palestra guardan en todo una exacta continencia; y no es sino para alcanzar una corona perecedera, al paso que nosotros la esperamos eterna» (I Cor., IX, 25).

¡Es tan poco lo que pide el Papa! No pide que peregrinemos a pie a Roma o Santiago u otras severas penitencias usuales en la Edad Media; ni tan sólo pide que cumplamos lo que sería ley general de la Iglesia si no hubiese indultos especiales, a saber: ayunar toda la semana y quince días de abstinencia durante la cuaresma y en el resto del año dieciséis días más de ayuno y abstinencia y todos los viernes abstinencia sola. Siguiendo la comparación de San Pablo, podríamos decir que el Papa nos pide mucho menos de lo que un entrenador exige de sus atletas. ¿Serán verdaderamente *«los hijos de este siglo en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz?»* (Lc., XVI, 8).

¡Y es tan importante lo que pide el Papa! *«Entended que si vosotros no hicieseis penitencia, todos pereceréis igualmente»* (Lc., XIII, 3).

Roguemos a Dios que el llamamiento del Papa dé abundantes frutos, y, animados de la virtud de la templanza, además de observar con la mayor escrupulosidad posible las leyes vigentes, no queramos *«amar al mundo ni a las cosas mundanas»* y avancemos *«en la abnegación de nosotros mismos»* reprimiendo alguna de las concupiscencias por inocente que sea. Y si este artículo tiene la suerte de estimular la aparición de algún estudio más juicioso sobre este tema, contento estará

Fraxinius Excelsior



¡CONVIERTETE AL SEÑOR, TU DIOS!

«Empuñando, pues, las armas sobrenaturales traben estas una a modo de sagrada batalla bajo el estandarte de la Cruz»

La restauración de la monarquía en Francia, en la persona de Luis XVIII, fué saludada por muchos como positiva señal del inicio de un poderoso resurgimiento de la vida católica del país, después del grave paréntesis revolucionario y de la no menos grave fase del despotismo napoleónico. Sin embargo, la favorable disposición que desde el primer instante de su elevación al trono mostró el monarca hacia las sociedades secretas, singularmente la masonería, no dejó de causar hondo malestar como presagio de nuevos y profundos males, habida cuenta de la influencia que recibió el rey de aquélla, y hasta es fama de cierta iniciación en alguno de sus turbios conciliábulos.

Las consecuencias de esta actitud sospechosa del monarca fueron, como cabía temer, incalculables, y a más largo plazo hicieron fermentar de nuevo los principios revolucionarios, prudentemente encubiertos y disimulados en el momento de la derrota del gran Corso.

Gracias a la tolerancia, cuando no manifiesta protección real, las ideas volterianas y enciclopedistas lograron recobrar paulatinamente su influencia en el país, difundándose con toda amplitud a través de libros, panfletos y hasta canciones, medio efficacísimo para vulgarizarse entre los medios menos cultos de la población. Nada menos que doce ediciones de las obras de Voltaire y trece de las de Rousseau, en el período comprendido entre 1817 y 1824, pueden señalar el grado de renovado influjo logrado en tan pocos años por los funestos principios que habían precedido y preparado la explosión revolucionaria de 1789.

Sin embargo, es evidente que la restauración borbónica vino acompañada de un crecimiento y, sobre todo, en cierta escala, de una renovación auténtica del espíritu cristiano del pueblo francés. Obras de piedad, de educación y de asistencia a enfermos y necesitados, el desenvolvimiento de las congregaciones religiosas, la penetración fecunda en los medios científicos y artísticos, tales fueron, entre otros, los signos inequívocos de un despertar que se anunciaba clamoroso y tal vez decisivo.

Pero ello no podía bastar; las profundas heridas ocasionadas por los largos decenios de una propaganda sectaria, especialmente en el trágico período revolucionario, y cuyas consecuencias alcanzaban las mismas entrañas de la nación, hicieron comprender a algunos celosos sacerdotes la urgente necesidad de hacer llegar la palabra de Dios a todas las clases y estamentos del país, en un movimiento de características amplias capaz de remover la conciencia popular y despertarla al servicio de la causa de Cristo y de su propia santificación, y con ello obtener la conversión verdadera del pueblo en una decisiva cruzada de oración y de austeridad por todo el ámbito del territorio de Francia.

Con este espíritu, y obtenida la bendición de varios Prelados, el órgano del clero francés, el «Ami de la Religion», publicaba, en uno de sus números correspondientes al mes de enero de 1815, la siguiente información: «Varios eclesiásticos, vivamente impresionados por el espectáculo que ofrecen algunas provincias, en las cuales muchos fieles se ven privados de socorros espirituales por la falta de sacerdotes, siguiendo las indicaciones de los señores Obispos, se han reunido para crear una institución cuya finalidad principal será la de predicar misiones y formar

misioneros para trabajar en el interior de Francia. Esta institución, uno de los primeros frutos de la libertad devuelta al fin a la santa palabra, debe ser acogida por todos los amigos de la Religión que ven así realizadas sus esperanzas... Dirigen la institución los reverendos sacerdotes Rauzan, Legris-Duval y Forbin-Janson.»

Rápidamente quedó constituida la asociación de Misioneros de Francia, que tan buenos y copiosos frutos había de recoger por todas las ciudades y pueblos de la nación. ¡Cómo se estremeció Francia entera por la predicación intensa de la palabra divina en boca de los nuevos misioneros! París, Marsella, Lyon, Burdeos, todos los grandes centros de población, al igual que los pequeños poblados, bullían de gozo y de entusiasmo ante la llegada de los misioneros. «Las iglesias —escribe un autor— resonaban de los cánticos y aclamaciones; se organizaban grandes procesiones; la cruz era paseada triunfalmente a través de calles y plazas, deteniéndose, en señal de expiación, en los lugares donde antes se situaron los cadalsos revolucionarios. Se levantaban arcos de triunfo, las casas se engalanaban, los balcones aparecían adornados con colgaduras.» Esto se repetía en cada lugar que visitaban los misioneros.

De esta forma, el pueblo que durante tantos años había quedado huérfano de la palabra evangélica era instruido de nuevo en el santo temor de Dios y vigorizado su espíritu con la recepción frecuente de los Sacramentos. En la hora difícil que atravesaba Francia, después del triunfo de la impiedad, la Santa Misión aparecía como el medio providencial para lograr el arrepentimiento de sus ciudadanos y su conversión al Padre de las misericordias.

* * *

Hoy, la humanidad se halla en un instante realmente crucial. No es de extrañar que también en este momento crítico, en el que resuena con terrible acento la voz del odio y de la guerra, el Santo Padre, al extender por todo el orbe la gracia singular de poder lucrar los fieles la indulgencia plenaria del Año Santo en sus respectivos países, invite una vez más a los hijos de la Iglesia a que con sus plegarias y con sus sacrificios imploren del Señor que «otorgue al atormentado género humano la *tranquillitas magna* de la verdadera paz». Medio eficaz para lograr ese inmenso don, particularmente apto para abundar de los frutos copiosísimos del Año Santo, ha de ser sin duda el indicado por el Romano Pontífice, es decir, la celebración de Santas Misiones en todos los pueblos y ciudades, ya que en esta extraordinaria predicación pueden lograrse los fines específicos de indudable trascendencia en el orden social, concretados por nuestro Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo con estas palabras: «Santificación de la vida mediante el cumplimiento fiel de los mandamientos, práctica de la oración y digna recepción de los sacramentos.»

Las especiales y difíciles circunstancias que estamos atravesando, con la secuela amenazadora de peligros gravísimos que asoman por doquier, exigen, como necesidad absoluta, una renovación plena y sincera de la conciencia cristiana, a fin de que los pueblos acudan en apretado haz, revestidos con el saludable hábito de la penitencia, a impetrar el auxilio divino contra los renovados ataques de

las fuerzas del mal enemigas de Dios no menos que del género humano. «¡Ay de la humanidad —dice Pío XI— si Dios, tan vilipendiado de sus criaturas, dejase en su justicia libre curso a esos torrentes devastadores y se valiese de ellos como de terrible azote para castigar al mundo!»

En esta hora angustiosa para el universo entero, Barcelona, atenta a la voz del Vicario de Cristo y obediente a las instrucciones del Prelado, está dando acabado ejemplo de esperanza plena en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor, animada por la convicción firmísima de que los males extraordinarios que nos afligen solamente pueden conjurarse con los remedios igualmente extraordinarios de la oración confiada y de la penitencia reparadora.

Hoy, en nuestra ciudad condal se repite por los labios de centenares de fervorosos misioneros la exhortación su-

plicante del Papa Pío XI, tantas veces repetida con otras palabras por todos los Romanos Pontífices: «Nada nos queda ya sino invitar a este pobre mundo que tanta sangre ha vertido, tantos sepulcros ha abierto, destruido tantas obras y privado de pan y trabajo a tantos hombres, ya no nos queda, decimos, más que invitarle con las tiernas palabras de la Sagrada Liturgia: *Conviértete al Señor tu Dios*» (1).

¡Ojalá Barcelona, solicita a la voz del Papa y de su Obispo, arrepintiéndose de sus culpas y de su frialdad por la causa de Dios, salga de esta Santa Misión convertida y vigorizada en su espíritu, dispuesta a librar las grandes batallas por Jesucristo y por su santa Iglesia en todos los órdenes de la vida individual y social!

José-Oriol Cuffi Canadell

(1) Pío XI. Enc. *Caritate Christi compulsi*.

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

LA CAMPAÑA DE AUSTERIDAD, PENITENCIA Y EXPIACIÓN DEL TEMPLO DEL SAGRADO CORAZÓN DEL TIBIDABO

“La basílica del Sagrado Corazón del Castro Pretorio, en Roma, y el templo del Tibidabo, en Barcelona, son dos catedrales del mismo Maestro, dos cantos del mismo poema, dos antenas poderosas de irradiación del mismo Credo y del mismo pensamiento: levantar en el corazón de los millares de alumnos que se educan en sus colegios, estatuas vivas de Jesús; forjar y dar realidad en las almas al lema y a la consigna del gran Pontífice Pío XI: “La paz de Cristo en el Reino de Cristo.” Las palabras transcritas son del discurso del R. P. Provincial de los PP. Salesianos pronunciado con ocasión de haber sido repuesta el 3 de diciembre del pasado año en la cumbre del Tibidabo la estatua del Sagrado Corazón de Jesús. “Esta estatua, diría el señor Obispo de Barcelona, en tan solemne efeméride, y este templo de Barcelona asomado a nuestro mar Mediterráneo, dirá al mundo lo que el Corazón de Jesús quiere. España, adelantada siempre en las grandes empresas de la gloria de Dios, invita al mundo a que convierta sus ojos a quien debe convertirlos, al más hermoso entre los hijos de los hombres, a Cristo Jesús, y que vea en su Corazón divino la única fuente de paz y de bienestar, Reinado de Paz por el que anhelan los hombres y que no puede estar sino en el Reino de Cristo Nuestro Señor.” La paz de Cristo en el Reino de

Cristo. La integración del hombre y de la sociedad en los pacíficos y venturosos cuadros de este Reino por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. He ahí la idea del Reino de Cristo, tan perseverante y ardentemente inculcada por los Papas en el corazón de los creyentes de nuestro tiempo y que halla feliz y providencial símbolo en el templo expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo. Día a día y merced al esfuerzo y al entusiasmo de los PP. Salesianos, esfuerzo y entusiasmo visiblemente protegidos con el favor de Dios, la campaña de austeridad, penitencia y expiación que irradia del Templo del Sagrado Corazón y que ha de ser camino para la implantación de aquel reinado, va ganando nuevos adeptos y cautivando los espíritus con el atractivo que sobre ellos ejerce la consoladora verdad que ansía difundir. CRISTIANDAD quiere hoy recoger en sus páginas esta nota de actualidad llena de optimismo sobenatural.

¡Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón!

Empujado por un necio orgullo, que deslumbra sus ojos hasta el extremo de hacerle creer había descubierto el nuevo continente de una propia y absoluta autosuficiencia en el orden espiritual y mola, el hombre se aparta de Dios. Entonces, como muestra de la voluntad divina de que todos los hombres se salven, contempla el mundo la nueva epifanía del amor de Dios en la devoción al Corazón Sacratísimo de su Divino Hijo. La semilla de aquel

apartamiento nos ha deparado la dimensión trágica que por encima de otra cualquiera, ofrece el mundo de nuestros días. Pero si el mal ha ido en aumento, la verdad y la autenticidad —por únicas y divinas— del remedio, sigue inalterable. Es preciso que los hombres se conviertan hacia Cristo y que sepan encontrar en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús el camino de esa conversión. Tal es la llamada del Templo Expiatorio Nacional del Sagrado Corazón de Jesús en la cúspide del Tibidabo, cuyo origen se debe, como es sabido, a la feliz idea de un santo, el gran apóstol del amor de Dios entre las clases obreras: San Juan Bosco. La reposición de la estatua del Sagrado Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo, no es, pues, mero índice de la piedad de unos devotos, sino que encierra, como se ve, un profundo y trascendente significado

DISCURSO DEL PAPA A LOS ARTISTAS DEL TEATRO NACIONAL DE STUTTGART

La verdad del Magisterio de la Iglesia —lo hemos señalado desde estas mismas páginas alguna otra vez—, se afirma por boca de Su Santidad el Papa, en una enseñanza concreta aplicable a cada uno de los órdenes de la vida y a las más distintas y variadas profesiones. Y es que todo honrado quehacer tiene desde el punto de vista de una organización cristiana de la vida, un sentido social, que no puede desligarse en definitiva, del fin último al que tiende la vida del hom-

ACTUALIDAD

bre. Con toda propiedad cabe decir esto de la actividad de los artistas teatrales. Hélo aquí expresado en las palabras de Su Santidad a los artistas del Teatro Nacional de Stuttgart: "En vuestra profesión existen también exigencias sociales. La perfecta realización del conjunto escénico pide una perfecta colaboración de todos los que participan en él, cosa que en cada uno de ellos supone prontitud para el servicio y espíritu de abnegación. Pero lo verdaderamente importante es que el arte de la escena se mueva siempre dentro de los límites de las leyes morales dadas por Dios, de manera que pueda ofrecer al pueblo símbolos y ejemplos capaces de levantarle a las cosas altas y, en último término, de acercarle a Dios." El discurso, del que son parte los párrafos transcritos, fué pronunciado el 26 de enero pasado, en el transcurso de la audiencia concedida por Su Santidad a los miembros del Teatro Nacional de Stuttgart, llegados a Roma para dar unos recitales sobre una ópera de Paul Hindemuth

LA APROBACIÓN DE LOS MILAGROS DE PÍO X

Según noticia comunicada por el "Osservatore Romano" en su edición del pasado 31 de enero, la Sagrada Congregación de Ritos en reunión habida ante Su Santidad, aprobó los milagros del V. Siervo de Dios Pío X. Se cree que la beatificación del gran Pontífice, para la celebración de la cual, la susodicha aprobación de milagros constituye un requisito canónico indispensable, según es sabido, tendrá lugar alrededor del mes de mayo. El hecho que comentamos y, en consecuencia, el de la próxima beatificación, es de la mayor importancia para disipar todo género de dudas acerca del juicio que merecen a la Iglesia sucesos y actitudes a los que la figura de Pío X se halla estrechamente vinculada. CRISTIANDAD ha de dedicar en su día a tan fausto y significativo acontecimiento, y con la extensión y el entusiasmo que es justo a él se tribute, el correspondiente comentario.

EL TESTIMONIO DE FILIAL ADHESIÓN AL PAPA DE LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS CON MOTIVO DE LA ENCÍCLICA «HUMANI GENERIS»

Continuando la publicación de los testimonios de reconocimiento a Su

Santidad el Papa de parte de los centros universitarios de todo el orbe católico, con ocasión de la encíclica "Humani Generis", el "Osservatore Romano" del 2 del corriente, inserta unas cartas de la Universidad de Valladolid y de las Pontificias de Comillas y Salamanca. La presencia de la primera entre el grupo cada día más numeroso de universidades que hacen así profesión explícita de fe, es muy digna de resaltarse, por cuanto si bien al obrar de tal modo no hace sino seguir una tradición de catolicidad que, así para ella como para el resto de las universidades de nuestra patria, constituye su mayor timbre de gloria y de esplendor, no está sujeta, sin embargo, por vínculos directos a la disciplina canónica. Hoy más que nunca —lo ha indicado Su Santidad en multitud de discursos a los representantes de cualesquiera estamentos responsables— necesita el mundo que los católicos sepan imprimir a su conducta pública y social el sello característico de las creencias que profesan. El gesto de la Universidad vallisoletana es índice del deseo de sus componentes de ajustarse a la sabia amonestación del Sumo Pontífice y de trasladar, por ello, a la vida pública las exigencias que derivan de su fe.

LOS PROCESOS DE BEATIFICACION DE LOS OBISPOS DE BARBASTRO Y TERUEL

En Zaragoza y Valladolid se han instituido respectivamente los Tribunales eclesiásticos para entender en el proceso de información sobre las virtudes de los Rvdmos. Fray Anselmo Polanco, Obispo de Teruel y Dr. Florentino Barroso Asencio, Obispo de Barbastro, ambos inmolados por los rojos durante la Cruzada nacional.

EL CARDENAL MICARA, NUEVO VICARIO DE LA DIÓCESIS DE ROMA

La muerte del Emmo. Cardenal Marchetti-Sellvagiani, dejó vacante aparte el decanato del Sacro Colegio, que ha sido ocupado, como es sabido y se indica a continuación, por el Cardenal Tisserant, la Vicaría de la Diócesis de Roma. Para desempeñar este alto cargo ha sido nombrado por Su Santidad Su Eminencia el Cardenal Clemente Micara.

EL CARDENAL TISSERANT

La actualidad religiosa vaticana, se ha centrado en parte estos últimos días en torno a la figura del Cardenal Tisserant. Ello se debe así a su reciente nombramiento para el cargo de Decano del Sacro Colegio, como al viaje realizado por el mismo ilustre purpurado a Egipto, con anterioridad muy próxima a dicho nombramiento. El continuado estudio, desde los comienzos de su carrera eclesiástica de las lenguas y los ritos orientales, ha hecho del Cardenal Tisserant, una verdadera autoridad en la materia, de cuyo saber y prestigio se hacen eco personas y medios extraños a la Iglesia. Así se ha puesto de manifiesto con ocasión del citado viaje a Egipto. El Cardenal Tisserant ha sido el primer príncipe de la Iglesia que se ha visto oficialmente invitado por el Gobierno de Egipto para asistir a una conmemoración científica, como el aniversario de la Real Sociedad Geográfica egipcia.

Juntamente con el 75 aniversario de la fundación de esta Sociedad, se ha festejado el vigésimoquinto del establecimiento de la Universidad estatal del rey Fuad. El Cardenal fué recibido por el rector, quien expresó su esperanza de que el cristianismo y el islamismo unieran sus fuerzas para combatir las teorías subversivas del materialismo ateo. Asimismo mantuvo una entrevista de más de una hora con el Faruk, al cual ofreció en nombre de Su Santidad una medalla de oro conmemorativa del Año Santo. Después de los actos oficiales conmemorativos, el Cardenal Tisserant efectuó un viaje de más de 1.500 kilómetros a través de las diócesis del Alto Egipto.

LA SANTA MISIÓN DE BARCELONA

En prensa estas páginas, habrá comenzado ya la Santa Misión de Barcelona. Los esfuerzos de una dilatada campaña de propaganda se han encaminado a que cumpliendo los deseos del Rvdmo. Prelado, la noticia de la Santa Misión de Barcelona llegara hasta el último rincón de la ciudad, como una invitación a todos los habitantes de Barcelona a que acudan a oír la voz de Dios que nos trae la verdadera paz. En próximos números quedará constancia a través de estas notas de actualidad de los frutos apostólicos cosechados por medio de la Santa Misión.

HIMMANU-HEL

DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Eisenhower invita a Alemania. - ¿De que color son los rojos chinos? - Comunistas y millonarios. - Las fórmulas de Israel. - ¿Un misterio más? - Guerra a pedradas. - Eisenhower prescinde de Alemania. - Habla el guardaespaldas de Stalin.

Del 24 al 27 de enero

¿Cambio de frente en la Europa integrante del Pacto del Atlántico?

En la última impresión dejábase al general Eisenhower anotando en su diario las divisiones que le prometieron algunos de los gobiernos de los países visitados en su rapidísimo viaje a través de varias capitales europeas. Hecho el recuento y balance final, el resultado no podía ser muy alentador. Ello explicaría, quizás, las palabras pronunciadas en Francfort al pisar de nuevo tierra alemana: "Yo creo—dijo—en las cualidades del pueblo alemán y su amor hacia la libertad. Me gustaría ver al pueblo alemán alineado con los demás en la defensa de la civilización occidental."

La invitación no podía ser más clara. Pero, al parecer, no cayó muy bien en Alemania, cuyos dirigentes debieron recordar sin duda, como apuntaba un corresponsal en Norteamérica, otras palabras no tan cariñosas pronunciadas por el propio Eisenhower en mayo de 1945: "El deliberado designio de crimen mundial que dominaba a la nación alemana, absorbió fácilmente el cerebro enfermizo de Hitler" ("El Correo Catalán"). No es de extrañar que la radio alemana acogiese la presencia del jefe de las fuerzas armadas del Atlántico, con este comentario: "Eisenhower erró al juzgar a los rusos. No le falta una parte de responsabilidad en la pérdida de la paz. Bajo su mando, las tropas americanas y británicas se detuvieron en el Elba. Bajo su mando, se permitió que los rusos tomaran Checoslovaquia. Disfrutó humillando a sus enemigos alemanes, y haciendo a sus amigos rusos un favor. Trató a los generales alemanes como representantes del crimen en masa. Al mismo tiempo consideró a los rusos como amigos de la humanidad." Ignoramos la reacción de Eisenhower al escuchar tan tajantes acusaciones. ¿Entrañaban éstas la advertencia de que no sería fácil la colaboración alemana dentro del plan de réarme norteamericano?

Pero el cambio de frente a que

nos referíamos al comienzo, deriva principalmente del conflicto coreano. Los Estados Unidos exigen la condena de la China comunista en las Naciones Unidas; sin embargo, no todos los países "atlánticos" están conformes con el deseo de Washington.

El cisma entre Estados Unidos e Inglaterra a propósito de la China roja va acentuándose. "Aquí creen que Inglaterra todavía sigue sufriendo el viejo espejismo que muestra a los rojos chinos pintados de distinto color" (Corresponsal de "La Vanguardia Española").

Pero Inglaterra no estaría sola en la creencia de que existe fricción entre Moscú y Pekín. También lo afirman "entre otros, los miembros de la Delegación de Israel en las Naciones Unidas. Estos dicen que el mismo Jacob Malik dijo al delegado de Israel, Abba Eban, que el régimen comunista chino encabezado por Mao-Tse-Tung tiende a seguir una línea política propia." (Corresponsal en Nueva York de "Solidaridad Nacional".)

¿Cuál debe ser el secreto designio de Israel en el conflicto que opone a Oriente con Occidente?

* * *

Los últimos descubrimientos de David Lillienthal: "Un ataque atómico contra la Unión Soviética heriría gravemente a esta nación, pero no bastaría para derrotarla... En cuanto a la bomba de hidrógeno, no existe y se alejan las posibilidades para su fabricación" ("Collier's"). ¿A quién sirven estas informaciones?

"Nueve millonarios norteamericanos facilitan dinero al comunismo... De estos millonarios, solamente es público el nombre de uno: Field Vanderbilt, descendiente y heredero de la famosa familia de potentados", dice desde Nueva York un corresponsal. ("Solidaridad Nacional".) Mucho se ha escrito sobre las relaciones de la alta finanza con los dirigentes del comunismo internacional; ¿no parecen, sin embargo, opuestos los intereses de unos y otros? ¿Cuál puede ser el móvil o la finalidad que hace posible semejante colaboración?

Del 28 de enero al 1.º de febrero

Una vez más aparece Israel intentando reconciliar enemistades en el seno de la ONU. Los Estados Unidos insisten en la necesidad de condenar sin más a la China roja, pero Inglaterra continúa aferrada a su actitud de apaciguamiento a todo evento. En este instante difícil, Israel presenta una fórmula de compromiso "sobre la base de condenar a la China comunista como agresora, pero intentando otra conciliación antes de estudiar sanciones contra el Gobierno de Pekín". En parte logran su intento, pero acaso lo más interesante sea el hecho de que los judíos hace algún tiempo se presentan como los únicos capaces de cancelar o aminorar los conflictos internacionales, evitando así mayores males. ¿Con qué finalidad?

Pese a todos los obstáculos, Norteamérica sale victoriosa en la prueba preliminar ensayada en la Comisión Política de las Naciones Unidas; 44 votos favorables a la condenación de los comunistas chinos, aseguran el triunfo final en la Asamblea.

¿Cómo se ha logrado esta decisión después de tantas dudas y negativas? Para un comentarista, no hay que olvidar la "campana de prensa encaminada a rebajar el concepto que hasta ahora se tenía, gracias a esa misma propaganda, de la potencia, combatividad y decisión de las fuerzas comunistas, tanto de China como de Rusia", aunque esto no lo explica todo; el acuerdo alcanzado, parece demostrar la existencia de "un misterio más cuya clave se supone pero no puede ser públicamente explicado." ("La Prensa".) ¿Qué misterio es este del cual se supone poseer la clave pero que resulta imposible de explicar?

Lo cierto es que, efectivamente, reina una extraordinaria euforia sobre el valor real de la amenaza de los comunistas chinos y rusos. Dos frases del momento: "El general Lawton Collins afirmó rotundamente, después de una visita al frente: "Si el enemigo ataca ahora en potencia, su castigo será tremendo."

ACTUALIDAD

Y el general Mac Arthur, hace pocos días: "Estamos en disposición de hacer sangrar a los chinos por la nariz." Incluso un oficial norteamericano ha declarado a la agencia United Press, que "los griegos habían atacado a los chinos en un cuerpo a cuerpo, matando al menos a tres de ellos a pedradas" ("Le Monde"). ¡Extraña guerra la de Corea!

* * *

Pero también para Europa se acercan días felices: "No creo —ha dicho Spaak en San Francisco— que Rusia esté preparada para comenzar una guerra contra los Estados Unidos." ¿A qué viene entonces la histórica propaganda para un rearme intensivo? ¿Cómo se compaginan aquellas manifestaciones con el peligro de una guerra a tres meses fecha?

"Cansados de tantas mentiras, desfallecidos por demasiados sufrimientos, viviendo continuamente bajo el terror de las amenazas, los pueblos del continente europeo, han perdido la fe en sus jefes, en el valor de sus sistemas políticos y aún en su propio destino", leemos en "Le Monde". Pero, ¿y en Norteamérica? "En general—explica un informador—el sentimiento de defraudación que aprisiona al joven norteamericano de hoy, es consecuencia de la contradicción existente entre el hecho de que su verdadero enemigo sea Rusia y aquel contra quien se le manda luchar sea Corea o la China. Esto y la circunstancia de que se haya pasado su niñez escuchando sólo loas a Rusia y ahora descubra que Rusia no se contenta con nada menos que dominar al mundo y asfixiar a la propia Norteamérica, le tiene desconcertado" ("La Vanguardia Española"). Y otro corresponsal apostilla por su parte: "Andar del pesimismo al optimismo y viceversa no tiene otro resultado, hoy, que acabar de confundir al hombre de la calle. Los mejores cronistas militares de la prensa hace días que no pretenden ya seguir con un mínimo de detalles el curso de la campaña, y por las mañanas, cuando lee su periódico el "hombre de la calle", se dice desmayadamente a sí mismo: "Ya no entiendo nada de este asunto..." ("Diario de Barcelona").

¿Y qué diremos nosotros?

Del 2 al 6 de febrero

Una ola de optimismo invade al parecer el ambiente de determinados círculos políticos y militares.

Dos hechos culminantes le han precedido. El primero, ha sido la condena de la China comunista como agresora en la Asamblea general de la ONU, por una aplastante mayoría; destaquemos, sin embargo, las abstenciones significativas de Israel y Yugoslavia. El segundo, viene representado por el informe favorable redactado por Eisenhower a su regreso de Europa.

La coincidencia de los dos hechos apuntados podría tener, tal vez, íntima relación. ¿Hubiera sido igual el tono empleado por Eisenhower, si las democracias europeas no hubieran votado la condena de la China roja?

El teniente general Asensio, jefe de la misión española que se encuentra en Río Janeiro, ha dicho "que, personalmente, no cree en la inminencia de un conflicto bélico, basando esta afirmación en la gran preparación que se precisa para hacer frente a la enorme extensión que el conflicto tendría" (EFE). El optimismo general trasciende, como cabía esperar, al Extremo Oriente. "Los jefes responsables del Gobierno parecen considerar de manera distinta el desarrollo de la campaña de Corea... La perspectiva parece más favorable", dicen los Alsop ("El Correo Catalán").

* * *

Pero todavía hay más. Llega a tal extremo el ambiente optimista, que se considera ya sin fundamento la necesidad del rearme alemán. "Las palabras moderadas del general Eisenhower —escriben desde Londres—, dan en todo caso la impresión clara que los Estados Unidos no consideran ya la cooperación alemana con la misma urgencia, y que este apoyo no representa tampoco una condición indispensable de un sistema de defensa en el continente" ("Le Monde"). Y de Nueva York confirman: "De una manera casi insensible ha cambiado de la noche a la mañana la estrategia norteamericana respecto al rearme alemán... (Eisenhower) se ha declarado capacitado para organizar una fuerza defensiva europea, con Alemania o sin ella..." La idea ha plasmado con facilidad en las mentes oficiales de Washington, en el Congreso y en la más popular" ("El Correo Catalán"). ¿Que ha sucedido en estos días para provocar una transformación tan radical en el enfoque de la defensa de la Europa occidental?

Cierto que Chou En Lai ha afirmado por Radio Pekín que "el Go-

bierno de los Estados Unidos y sus cómplices no quieren la paz sino la guerra", y que nada salvará a Norteamérica de "un desastre total en Corea", y que su gobierno "no hará absolutamente ningún caso" de la Comisión de buenos oficios de la ONU; pero ¿qué valor tienen estas palabras ante el optimismo imperante? Los mismos ingleses al comentar el mensaje radiado de Chou En Lai, llegan a la conclusión de que su contenido "no significa necesariamente que la China se oponga a nuevas conversaciones" ("Le Monde"). ¿Es posible mayor optimismo?

No faltan, sin embargo, algunas noticias alarmantes. "La modificación progresiva del equilibrio militar en los Balcanes en provecho del bloque soviético, no deja de inquietar a Belgrado", aseguran en "Le Monde", y el doctor Achmed Bigi Bey, guardaespaldas personal que fué de Stalin, declara que Rusia tiene más uranio que los Estados Unidos y posee más de 25 bombas atómicas, para terminar con estas palabras: "Nadie debe tener en menos el poderío industrial de la URSS ni pasar por alto la organización de su industria en gran escala." ("Solidaridad Nacional").

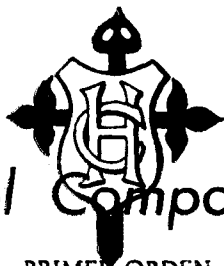
* * *

La nota trágicamente cómica de este período ha ido a cargo, quizá involuntariamente, del general Eisenhower y del presidente del Consejo francés, señor Pleven. En la declaración mencionada en primer término Eisenhower manifestó que Francia tendría a fines de 1952, 24 divisiones. Interrogado sobre el particular, el presidente Pleven "dijo que el general Eisenhower ha entendido sin duda en la cifra de 25 (sic) divisiones, aquellas tropas que Francia posee fuera de la metrópoli". Un ayudante del general aseguró poco después, que éste sufrió un "desliz de memoria". Por último en el informe oficial de la declaración hecha por Eisenhower ante las Comisiones de Asuntos Exteriores y Servicios Armados de la Cámara de Representantes, se lee lo siguiente: "Ha declarado (Eisenhower) que para fines de 1952, las fuerzas francesas de superficie serán de unas 15 (quince) divisiones, lo cual ha calificado de "aportación animadora" (EFE).

¿Será posible saber exactamente las divisiones que Francia ha prometido tener dispuestas para 1952?

¿Será posible saber la verdad de lo que está ocurriendo en el mundo?

SHEHAR YASUB



Hotel Compostela

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

**PUBLICACIONES
CRISTIANIDAD**

Hacia el Cuarto Año Jubilar	10 pesetas
Catolicismo o barbarie	35 pesetas
Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón	30 pesetas
Emisaria de Cristo Rey	30 pesetas

**TODO SOCIO DEL APOSTOLADO
DE LA ORACION DEBIERA LEER:**

"Ecos de la Cruzada"

Internacional de Oración y Penitencia



REDACCION Y ADMINISTRACION:
Via Layetana, 105, pral. - Teléf. 22 24 89 - BARCELONA

S. ENRICH OLLÉ

CONSTRUCTOR DE OBRAS



San Luis, 11, 3.º, 1.º - Teléfono 28 42 79
BARCELONA

TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923

San José, 3

SABADELL

C. I. C.

NOMBRE REGISTRADO

COMERCIAL E INDUSTRIAL CALCULADORA

COMPRA - VENTA Y REPARACION
DE MAQUINAS DE SUMAR
CALCULAR Y ESCRIBIR



Santa Ana, 28, 1.º, 2.º - Teléfono 22 61 95
BARCELONA

EDUARDO PUIG

REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional
especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. J. Antonio, 431

Teléfono 24 31 28

BARCELONA

Aprovechemos durante la Santa
Misión el paso del Buen Maestro
por Barcelona

BIBLIOFILO:

Puedes adquirir la primera serie de fascículos de

Iconografía Española sobre la Asunción

*telefoneando al número 22 24 46
o dirigiéndote a Diputación, 302, 2.º, 1.º - Barcelona*

NUESTRO PROXIMO NUMERO

Con ocasión de la fiesta de Santo Tomás de Aquino, CRISTIANDAD, que cada año suele dedicar al Angélico uno de sus números, ha confiado, en el presente, su redacción a los religiosos de la Orden dominicana, de la cual el «**Doctor común**» y «**Guía de los estudios**» es inmortal gloria y ornato. Nos congratulamos de que con ello la colaboración de los PP. dominicos en nuestra Revista — los lectores recordarán sin duda el número dedicado al Santísimo Rosario en 15 de octubre del pasado año — va ya adquiriendo un carácter como acostumbrado y tradicional.

De los temas elegidos por los prestigiosos escritores que honrarán nuestras páginas, subrayamos por anticipado el esfuerzo por darnos a conocer la unidad entre la sabiduría del Doctor escolástico por excelencia y su vida y santidad. Unidad que deformó en la mente de muchos la leyenda de «**la herejía tomista del intelectualismo**».